

COLECCION DIAMANTE

Calandracas

Nicolás
Estévez



ANTONIO LOPEZ EDITOR
BARCELONA RAMBLA DEL CENTRO 20

Blancobris

5

IN VALOR COMERCIAL

COLECCION DIAMANTE

69





Nicolás Estévez.

NICOLAS ESTÉVANEZ



CALANDRACAS



BARCELONA

ANTONIO LÓPEZ, EDITOR, LIBRERÍA ESPAÑOLA

RAMBLA DEL CENTRO, NÚM. 20

A. López Robert, impresor, Asalto, 68.



CALANDRACAS

Me advierte Elías Zerolo, que *Calandrakas* no está en el Diccionario de la Academia de la Lengua.

Lo siento por la Academia, por el Diccionario y por Zerolo mismo.

Si no está, ¿qué culpa tengo yo?

Debiera estar, y así le faltaría una palabra menos.

Es verdad que una palabra más ó menos, apenas si se echaría de ver en el voluminoso Diccionario, puesto que son tantas las que en él faltan y sobran.

De todas maneras, si en el Diccio-

nario académico no está el vocábulo, estará seguramente en otros.

Sin embargo, ya que la Academia al parecer ignora qué es *Calandrakas*, me permitiré explicar lo que esta voz significa, no para ilustrar á la Academia,—¡pues no faltaba más!—sino para aquellos de mis lectores, en caso de tenerlos, que no sean del litoral ni hayan navegado en buques españoles.

Calandrakas es el nombre que dan las marinos, y se lo dan porque no tiene otro, á los desperdicios de galleta que quedan en el fondo de los sacos; y también á la galleta averiada que se reparte á la marinería cuando se acaba la buena, y aunque no se haya acabado.

Dignas de envidia considero á las personas que jamás han comido calandrakas, y también á las que las han comido á falta de otra cosa; hay ocasiones en que las calandrakas tienen sabor de ambrosía, en que un hombre puede ser feliz.... con calandrakas.

Pero eso, dirá el lector, será cierto cuando se trate de las calandracas marineras; lo que no se comprende es que en la tierra firme se nos quiera dar calandracas literarias, rancias y mohosas.

Bien dicho, si la lectura de estas *Calandracas* fuera obligatoria como lo es (en la Constitución) el servicio militar; pero nadie está obligado á leerlas. Bien quisieran poder decir lo mismo los desventurados que la tienen de ración forzosa.

Explicado ya lo que calandracas significa, para que lo sepan los académicos y demás personas ignorantes, doy por concluído este prólogo que es por sí mismo una verdadera calandraca.

UN VIAJE Á TENERIFE

Hubo un tiempo en que estuvieron de moda los artículos y descripciones de viajes; pero esa moda, como tantas otras, va pasando; y se comprende bien. Antiguamente llamaba la atención y era todo un personaje el que montado en un burro iba á estudiar Derecho á Salamanca; pasaba por un héroe el que se embarcaba para ir de Cádiz al Puerto; y se adelantaba á su época excediéndose á sí mismo el que había visto por casualidad los parques de Lóndres y los bulevares de París.

Hoy, por el contrario, cualquier hijo de vecino ha remontado el cabo de Hornos; y si no todos hemos hecho tantos viajes como el capitán Cook, es porque desde nuestras casas podemos ponernos al habla con los ciudadanos del Japón, con las generaciones que nos precedieron y casi con los habitantes de la Luna.

Pero, no obstante lo dicho, el autor de estas líneas se propone describir uno de sus viajes á las playas isleñas. Después de hacer muchos viajes y haber descrito algunos, se adquiere como un hábito que inclina á este género de descripciones. La rutina es una calamidad que hace en el mundo perjuicios formidables. No hay invención, progreso ni reforma que nó tenga que luchar con ella, pues toma posesión de los espíritus más vigorosos. Si necesitáramos un ejemplo para demostrarlo, invocaríamos la memoria de un ilustre general que combatía la introducción en el ejército de los modernos fusiles

porque con ellos habría de suprimirse y olvidarse una cosa tan marcial y útil como la llamada *carga en once voces*.

Cedo, pues, á lo que es en mí costumbre perniciosa y moda trasnochada, y vamos al asunto.

En 1862. año para mí de tristísima memoria, hallábame de guarnición en la ciudad de Lérida. Pasé dentro de sus muros cinco meses mortales; y si ya no recuerdo los mil accidentes desgraciados que entonces me ocurrieron, es porque se borran ante la magnitud de una desgracia que allí me sorprendió. Todas mis desdichas de aquel tiempo no tuvieron más compensación que la noticia de la gran victoria obtenida en Puebla por las tropas mejicanas, las primeras que hicieron volver la cara á los soldados del segundo imperio.

Destacado en un castillo, dominado por mis preocupaciones, sin otra compañía en aquella soledad que mis tristes pensamientos, pasé terribles angustias sin más consuelo que una esperanza vaga de volver á las Islas. Hasta el sueño, que es el mejor recurso de los desesperados, me negaba su bienhechor auxilio, y todavía me estremezco al pensar en las eternas noches que pasé en tan triste soledad. Muchas veces, sentado en una tronera en las altas horas de la noche, oía cada cuarto de hora el alerta de los centinelas, y sentía cierto relativo bienestar considerando que aquellas voces las habían dado antes en el propio sitio el romano, el godo, el árabe, el templario, el almogábar, el francés, el español, siendo repetidas siglo tras siglo por los ecos nocturnos; y así como han desaparecido los centinelas, y los reyes á quienes servían, y las generaciones á que pertenecieron, pensaba yo que se irían extinguiendo mis des-

venturas hasta apagarse esta gran desventura de la vida.

Y en efecto, poco después obtuve una licencia para Canarias, que era á la sazón mi más vehemente deseo; y aquí empieza mi viaje, que ya es tiempo.

Al sonar la campana de la estación respondiendo al silbido de la locomotora, se agolpan en el andén los viajeros, despidiéndose los que parten de los que se quedan y cruzándose voces y exclamaciones que producen confusa algarabía. Allí me despidieron mis camaradas, estreché la mano á mi asistente y monté en uno de los vagones de tercera clase cuando arrancaba el tren.

En los caminos de hierro se viaja cómodamente en la primera clase. La segunda y tercera son incómodas, sobre todo la última, desprovista de ca-

lcríferos y aún de cristales. Pero en mis muchos viajes las he probado todas, y aún la carbonera y la perrera, y puedo asegurar que si alguna vez viajo en primera, jamás en segunda clase. Mi predilecta clase es la tercera; porque he aprendido por experiencia propia que en primera clase suelen ir los caballeros de industria y las personas enfermas, que no es agradable compañía, y en segunda los que teniendo dinero se privan de las comodidades por ahorrar unos céntimos, ó los que careciendo de recursos tienen vanidad de sobra para ir *con la plebe* de la tercera clase. En ésta viajan los estudiantes pobres, los soldados, y las gentes del pueblo, generalmente honradas y sencillas.

Cuando se viaja en España por ferrocarril, especialmente las personas no acostumbradas á hacerlo, se va con el alma en un hilo, aguardando por momentos la aparición de una partida que casi nunca se encuentra. Temor

pueril, pues además de la exageración con que se dice que en los caminos de España abundan los ladrones, muchos de éstos, según he apreciado alguna vez por mí mismo, son unos perfectos caballeros. Es verdad que suelen causar la detención del tren y llevarse lo ajeno, como hacen tantos otros al amparo de la ley sin salir de la ciudad; pero piden los relojes y toman el dinero con la mayor cortesía, y jamás ofenden á las señoras ni menos las registran. Hay bandolero en España que si hubiera nacido en otros tiempos ocuparía en la historia un puesto distinguido. ¿Qué serían hoy, si vivieran, los grandes conquistadores de los siglos xv y xvi? ¿Serían abogados? ¿Serían procuradores? ¿Serían negociantes capaces de vivir de la comisión y del descuento? De ningun modo. Interrogando un viajero á un salteador de caminos sobre los motivos que lo habían llevado á una vida tan triste y peligrosa, contestó con altivez con-

quistadora: "Es más digno tomar que pedir". Respuesta que sin duda encierra una lección de relativa moral en un pueblo de vagos y mendigos.

Suele decirse que España es un país salvaje; que sólo en España son apedreados y fusilados los trenes; pero sin que yo crea muy ejemplar la cultura de nuestros compatriotas debo decir que sólo he visto romper á pedradas los vidrios de los trenes, cuando desde los trenes han injuriado á inofensivos transeuntes ó pacíficos labriegos. Afirmo, pues, que sólo en España insultan los viajeros desde sus carruajes á un pueblo que por fortuna tiene sangre mora.

Pero dejémonos de digresiones, y volvamos á la estación de Lérida.

Al salir el tren, cada cual se acomodó como pudo y todos mis compañeros se pusieron á fumar. Pero yo en aquel tiempo sólo tenía cinco sentidos: no fumaba. Hoy me encuentro en la plenitud de mis seis sentidos corporales,

y me arrepiento de haber hablado y escrito contra los fumadores y contra el tabaco. En vano me decían entonces que es una gran distracción la de contemplar las espirales del humo; yo respondía que á mí me bastaba imaginarlas, como gozamos imaginando otras cosas.

Desde Lérida hasta Barcelona, á través de toda aquella comarca tan poblada y tan activa, fuimos *viendo pasar* ciudades y llanuras, bosques y montañas. A cada paso se encuentran recuerdos bélicos, se citan los nombres de Aníbal y de César, y de toda la nunca interrumpida serie de caudillos que en Cataluña han lidiado, sin exceptuar á Serrallonga, sin exceptuar á Condé, sin exceptuar á Ricardos, ni á los mariscales del primer imperio, ni á Mina, ni á Cabrera, ni á Saballs. En Cataluña, como en toda la Península, se ve confirmado lo que dice Ventura de la Vega:

*Los campos corre de la madre España
Y cada monte te dirá una hazaña.*

Llegamos á Barcelona donde apenas me detuve, y allí me embarqué para Canarias.

La navegación de Barcelona á Cádiz no carece nunca de emociones. Es imposible navegar por el Mediterráneo sin consagrarse al culto de los recuerdos. ¡Cuánta poesía la de aquellas ondas! Su tersa superficie fué cruzada por los primitivos navegantes, en sus playas nacieron todas las civilizaciones y al compás de su armonía cantaron Homero y Píndaro; Virgilio y Tasso. Aquel Mediterráneo es el mismo donde en otro tiempo "*ni aun los peces sacaban la cabeza del agua no ostentando en ella el escudo de Aragón*". Y este encanto que cautiva á todos era mayor en mí: que el mar arrulló mi cuna, guarda mis recuerdos y es mi musa.

Al ponerse el sol del tercer día llegamos al Estrecho. En el peñón de *Gibraltar brillaban mil luces con resplandor siniestro*, y no lejos se divisaban los faros españoles de Ceuta y de Tarifa. ¡Qué contraste! Tarifa con sus recuerdos de gloria, y Gibraltar, padrón de eterna ignominia. Por apartar de sus luces la vista y el pensamiento, fijélos en la africana costa. El faro del Acho despertó en mi mente la memoria del inmortal Camoens, el más grande de los poetas épicos de la Península, que en Ceuta fué soldado, y la inolvidable para mí de tantos compañeros que, soldados también, alcanzaron muerte prematura en los campos de Marruecos.

Pasamos en la noche frente al cabo Trafalgar, que recuerda una lucha de titanes, y antes del día me hallaba sobre cubierta para saludar á la risueña Cádiz, que, al fulgor de las estrellas, semejaba una gaviota mecida por las aguas. Amaneció, y me acordé de

Dumas que la compara á un navío tendiendo las velas para lanzarse al mar. Estábamos ya más cerca, cuando el sol de Andalucía saliendo de las ondas derramó sus tibios rayos sobre pintados balcones, diáfanos cristales y blancas azoteas. ¡Hermosa perspectiva! Así la debió ver Alarcón cuando dijo que Cádiz parece una góndola de dorados remos. Parecía regocijarse como hija predilecta del luminoso astro recibiendo sus besos cariñosos. Ya en la bahía, mirando aquella perla del Sur que ha inspirado bellas imágenes á todos los poetas; al verla casi flotante sobre las ondas azules y cercada de ennegrecidas fortificaciones, comprendí la exactitud con que Patricio Escosura la compara á Vénus en los brazos de Marte.

Desembarqué. No había dado muchos pasos por la ciudad fenicia, cuando encontré la estatua de Cornelio Balbo, primer extranjero que fué conducido en triunfo al Capitolio. Cuando

Roma dominaba al mundo, el mundo daba á Roma sus productos. El Asia le enviaba embriagadores perfumes y rápidos corceles, el Africa sus fieras para el Circo, la Galia y la Germania maderas de sus bosques, metales de sus minas, y nuestra hermosa Iberia pagaba su tributo á la metrópoli en héroes, emperadores y sabios.

A los pocos días me reembarqué con rumbo á las Canarias; y renunció á describir la impresión que me hicieron, después de ausencia larga, las montañas isleñas, que al cabo de tres días aparecieron en el horizonte. Aquellas montañas cubiertas de flores aromáticas y frutos esquisitos y bosques seculares, poblados por los pájaros más bonitos y melodiosos del mundo; aquellas montañas azotadas por las salobres ondas, coronadas por el Teide y sembradas de recuerdos inefables, me produjeron tales sensaciones que no soy capaz de describirlas.

EL BLOQUEO DEL MUNDO

PALABRAS SIN SENTIDO Ó FRASES HUECAS; así se pudiera intitular un artículo en que se tratara del equilibrio europeo (y de otros muchos equilibrios), del tratado de Berlín (y de otros muchos tratados); de la diplomacia, de los congresos internacionales y de la independencia de los pueblos libres.

En efecto; las naciones y los gobiernos de Europa se pueden creer independientes y libres; no se consuela el que no quiere. La diplomacia puede

celebrar conferencias y congresos, firmar protocolos y tratados. Los gobiernos fortificarán sus costas y fronteras, y dictarán leyes á sus lejanas colonias. Pero no hay en Europa una sola nación continental que tenga seguras sus colonias, ni defendidas sus fronteras, ni su independencia asegurada.

Las potencias continentales se pueden considerar tan libres como quieren; pueden organizar ejércitos más ó menos grandes; pueden suponerse más ó menos influyentes en los destinos del mundo; pero no hay una sola que tenga fuerza, autoridad ni recursos para contrarestar la perniciosa influencia del más poderoso imperio que ha existido: de la Gran Bretaña.

Los españoles sentimos herido nuestro amor propio cuando vemos el pabellón inglés agitado por las brisas pátrias, luciendo sus colores en las baterías de Gibraltar; pero esta vergüenza no es patrimonio exclusivo de

los españoles, que los ingleses tienen un Gibraltar donde quiera que lo necesitan.

La más antigua rival de la opulenta Albión, la culta Francia, desde cuyas playas se ven entre las brumas los perfiles del litoral inglés, ha podido llevar á los confines del mundo la influencia de su literatura, de sus artes y de su política; pero Inglaterra domina en su propio territorio, conservando por el derecho de la fuerza las tres islas normandas (Jersey, etc.) islas francesas por la Historia y por la Geografía.

Alemania ha conquistado el puesto de primera nación continental, así por su importancia en Europa como por sus victorias contra Francia; pero jamás hubiera recobrado por la fuerza la isleta de Heligoland, que Inglaterra le ha cedido voluntariamente, no por ser alemana, sino porque ya no la considera útil.

Bélgica, Holanda, Dinamarca y Sue-

cia son estados pequeños, sobre los que pesa el incontrastable influjo de la Gran Bretaña; y aunque así no fuera, serían impotentes para impedirle su entrada en el mar Báltico en un caso de guerra contra Rusia. Nelson y otros marinos británicos pudieron forzar con sus escuadras de vela el paso estrecho del Sund; ¡qué no harían los blindados monstruos de la marina moderna, con los formidables medios de que disponen en la actualidad!

Tornando al Mediodía, vemos el Mediterráneo, ese histórico mar cantado por los poetas, que ha visto nacer y fructificar las civilizaciones, convertido en un lago de Inglaterra; sus olas bañan las costas septentrionales de Africa, las playas españolas y francesas, el litoral de Italia, el reducido de Austria, las islas y golfos de Turquía, la península griega, el occidente de Asia; pero no es mar asiático, ni italiano, ni francés ni turco, ni

español; es, lo repetimos, un vasto lago inglés.

Casi dos siglos ha dominado Inglaterra el Mediterráneo occidental, ocupando, por derecho de conquista, el monte Calpe; desde las grandes guerras napoleónicas domina desde Malta, isla italiana, el Mediterráneo central; faltábale dominar el Mediterráneo oriental, para ser dueña de todo el Mediterráneo, y recientemente se ha apoderado de Chipre de muy extraña y peregrina manera.

Luchaban Rusia y Turquía, buscando por las armas solución á sus querellas; intervino Europa, celebrando en Berlín un Congreso y un tratado; el resultado ha sido que Inglaterra, sin tomar parte en la lucha y sin que la autorice el tratado berlinés, ha tomado posesión de Chipre. Los acuerdos de Europa están lejos de cumplirse; pero ondea en una de las islas más codiciadas de Oriente el pendón liberticida de la feudal Albión.

Desde que el gran Lesseps dió principio á la obra que lo ha inmortalizado, abriendo el canal de Suez, era fácil prever que Inglaterra se haría dueña del canal. No sólo es dueña del canal, sino de todo Egipto.

Cuando en la juventud estudiábamos el arte de la guerra, teníamos en Toledo un profesor que nos decía muy á menudo estas palabras:

“Posiciones estratégicas son las que aseguran ó facilitan las comunicaciones propias y las que imposibilitan ó dificultan las del enemigo; si ustedes quieren saber cuales son los puntos estratégicos del globo, sepan que son los que Inglaterra posee y los que codicia.”

Aspiran Rusia y otras potencias á clavar su bandera en los muros de Constantinopla. Esas naciones lucharán por conseguirlo, pero lucharán en balde. En el instante propicio, Inglaterra será dueña del Bósforo. ¿No está Constantinopla en situación estratégica?

Gibraltar, Malta, Chipre, Alejandría, Said, Suez y Adén aseguran á Inglaterra sus comunicaciones con la India. Una serie de islas, tan importantes algunas como la de Ceilán, forman la interminable línea de posiciones inglesas, posiciones militares, navales y comerciales, que se extiende desde las islas Británicas hasta el extremo Oriente.

Asia, el más extenso y poblado de los continentes, la cuna de la humanidad, según las antiguas tradiciones, confirmadas por la ciencia; aquel panteón de muertas y olvidadas civilizaciones; aquel mundo que linda con Europa, que toca al Africa, que se aproxima á América, vive sujeto en gran parte á la británica dominación. Donde hace apenas un siglo sólo tenían los ingleses factorías sin importancia, levántase hoy el Imperio de las Indias. Este británico imperio continental é insular contiene entre sus vastos territorios la populosa y rica

península del Indostán, gran mercado para la industria inglesa, base de operaciones contra Rusia, fuente de recursos militares contra el Imperio chino, amenaza constante á las islas de Oceanía, y escala que facilita las comunicaciones con Australia. En cualquier momento, dejando guarnecida la colonia con sus 100.000 hombres de policía militar, puede Inglaterra trasportar á donde le convenga doscientos mil soldados, rudos montañeses nacidos entre las nieblas de Escocia, que soportarían los hielos de Siberia, y tropas aclimatadas en la costa de Coromandel, dispuestas á batirse bajo el Ecuador. En breves días puede Inglaterra trasladar sus tropas de la India á China, al Japón, á Filipinas, á las costas americanas del Pacífico ó á las del Este y las del Norte de Africa. Abisinia, Egipto, Palestina, el archipiélago helénico, y aun los Dardanelos, no tienen más porvenir que el que les otorgue la política británica.

Si Inglaterra domina en el continente asiático, desde las cálidas costas de Malabar y de Coromandel hasta las nevadas cumbres del gigantesco Himalaya; si poseyendo á Hong Kong y Singapor, tiene más de un Gibraltar en China; si es la dominadora del Océano Indico y de todos los océanos, en América conserva las dilatadas regiones del Canadá y sus dependencias, que exceden en superficie á la gran República Norte-Americana. Inglaterra puede decir hoy, como España en otro tiempo, que en sus dominios no se pone el sol.

En las Antillas tienen los ingleses muchas de las menores y una de las grandes. Jamaica puede servirle de base de operaciones contra el continente, y no les faltan muelles propios en que desembarcar. En el hemisferio Sur poseen las islas Malvinas. La de Santa Elena equidista de los cabos de Hornos y Buena-Esperanza. La colonia del Cabo les asegura la supre-

macía en el Africa austral, y cuentan con varias en el Golfo de Guinea. Así se comprende que en los pueblos del Sudán, y en los oásis más desconocidos del Sahara, abunden como los dátiles, las mercancías inglesas. ¿Es ó nó cierto que Inglaterra tiene bloqueado el mundo?

Inglaterra posee una marina mercante más considerable que la de toda Europa: cinco mil vapores surcan los mares con bandera inglesa. La marina militar cuenta más de cuatrocientos vapores, y de ellos setenta acorazados. Unidas las escuadras de Francia, Italia, Austria, Alemania y Rusia, sumarían más barcos y cañones que los de la Gran Bretaña; pero la diferencia numérica, que no sería de consideración, se compensa por la calidad del material y la pericia de los marineros.

Se dirá que los torpedos, eficazmente ensayados en las últimas guerras del Danubio y del Pacífico, serían un recurso contra la armada inglesa;

pero una escuadra bien organizada y bien servida no debe temer ese género de ataques. El ataque de un torpedo es en la guerra marítima lo que una sorpresa en las terrestres campañas, de terribles efectos, pero imposible con un enemigo sereno y vigilante.

La marina inglesa puede luchar, sin desventaja, contra las escuadras juntas de las grandes potencias europeas. El ejército de tierra no se encuentra en las mismas condiciones; tiene graves defectos de organización y no pasa de 400.000 soldados. Pero no es despreciable un ejército que cuenta en su historia militar páginas tan gloriosas como Azincourt, Torres-Vedras, Waterloo, Inkermán, etc., y que posee una infantería muy sólida, una caballería muy bien montada y una excelente artillería.

De todos modos, la audaz política, la ambición inglesa, encontrarán un día su Waterloo. Las naciones, como los ejércitos, deben contar con lo im-

previsto. Sin la tempestad que destruyó nuestra invencible Armada, puede ser que hasta la lengua hablada hoy por 246 millones de súbditos británicos perteneciera á la Historia, como el griego y el sanscrito. No fué culpa de los españoles, sino del destino, que Inglaterra salvara aquella crisis para ser hoy la opresora de la humanidad. Hoy pagan los irlandeses el susto que recibió Inglaterra del Rey Felipe II, de aquel monarca que ha merecido las censuras de la Historia, pero á quien los católicos debieran erigirle una estatua en cada pueblo.

No es probable que las escuadras inglesas sean destruídas por una tempestad, como lo fué la española; pero allá en Occidente, en aquellas costas de América que los ingleses descubrieron y civilizaron; en aquellas regiones fértiles y dilatadas, cubiertas de inmensos lagos, de tempestuosos ríos y de feracísimas praderas, se levanta un pueblo naciente y ya vigoroso, más

original que todos los pueblos conocidos, más rico por su trabajo que por su rico suelo, en el que se confunden los ecos de las fábricas y las voces de la naturaleza, los ruidos de la industria y el estrépito de las cascadas. Las virtudes de aquel pueblo, por todos reconocidas, no son tan grandes como su odio á Inglaterra, odio inmortal, inmenso, inextinguible. ¡Ayde la vieja Inglaterra en el supremo día de todas las revanchas!

EN EL CANTÁBRICO

—Pero diga usted patrón, ¿cuándo llegaremos á Santander?

—Cuando Dios quiera.

—¿No se puede calcular la hora poco más ó menos?

—Acabamos de salir de Rivadesella y ya está pensando en llegar.

—Dispense usted, patrón.... No creí que mi pregunta le importunara.

—A mí no me im....porta nada. Pero hay preguntas que no tienen contestación. Pregúnteme usted las millas que navegamos ó la hora que es, y listo....

Pero lo que va á suceder mañana ú otro día.... eso no lo ha sabido nunca el hijo de mi madre, con ser hijo de bruja y práctico de Bayona á Bayona y patrón del San Juan.

—¿Pero piensa usted que llegaremos mañana?

—Yo no he pensado en mi vida por miedo de equivocarme. No *semos* todos como el poeta Zorrilla que sabe por qué cantan los pájaros y por qué es dulce la miel. Aquí lo quisiera yo pillar para ver si sabe lo que anuncia aquella mancha negra.

—¿Tendremos temporal? .

—Puede....

—¿Ha naufragado usted muchas veces, patrón?

—En esta costa no hemos embarrancado más que una vez, hace diez años, cerca de Comillas; pero no fué por culpa de la gente.

—¿Y en otros mares?

—En otros mares he naufragado algunas veces, y en tierra también,

cuando era mozo.... En la isla de Diego Ramírez, en el golfo de Honduras y en el cabo Tres forcas; mal rayo lo parta. Y además en Carril.

—¿Cómo fué lo de Carril?

—Pues nada.... que me casé. ¡Aquel si que fué naufragio!

—Diga, patrón, ¿qué luz es aquella que se ve en la costa? ¿Es algún faro?

—Es el sitio donde debía de haberlo; pero no es faro. ¡Debe de ser un candil! Esa es la playa de Nueva. Más á levante se vé el faro de Guía, de la villa de Llanes.

—¿De dónde es usted, patrón?

—De Santa María de todo el mundo. La parroquia donde me bautizaron la quemaron los facciosos el año 35; si yo hubiera sido sacristán, estaría hecho un chicharrón hace muchísimos años, como el sacristán de mi pueblo y mi fe de bautismo. A bien que mi padre me embarcó desde que tenía diez años, y así me he librado de todas las contingencias de la tierra fir-

me. ¡No hay nada más seguro que un buen barco!—¡Atún!

—¡Patrón! contestó un robusto marinero, invisible hasta entonces.

—¡Arriba la gente! ¡Listo á virar!

.....
—¿Cuántos hombres hay á bordo, patrón?

—Tres hombres y usted.

—No son muchos.

—Sobra la mitad. Y si todos fueran tan preguntones como usted, sobrarían todos. ¡Hace usted más preguntas que el catecismo!

—Pues me reservo lo que me faltaba preguntarle....

—Vamos, desembuche usted....

—Quería que me contara usted sus aventuras ¡Deben de ser curiosas!

—¿Aventuras? El caso es que á mí no me ha sucedido nunca nada de particular.... Solamente lo natural.... y lo consiguiente.... y lo que sucede á todo el mundo.

—Cuénteme usted sus viajes; pasa-

remos la noche. Yo no tengo sueño y le haré compañía con mucho gusto.

—Allá va.... La segunda vez que estuve en la Habana....

—¿Principia usted por la segunda? ¿Y por qué?

—Porque no me acuerdo ya de la primera ¡hace cuarenta años! Parece que me dió el vómito y me estuve muriendo y no me pasó nada.

—¿Y ese chirlo que tiene usted en la cara?

—Es un jabeque.... Me lo pintaron en una disputilla que tuvimos en Santa Pola después de una regata que habíamos tenido los gallegos con los mallorquines. Yo era entonces gallego y todavía lo soy. Los mallorquines son buenos remeros; pero donde están los gallegos no hay quien se ponga delante. En resumen, resultaron dos muertos y cuatro heridos, todo *por mor* de la regata.

—¿Por qué son tan camorristas los marineros, patrón?

—¡Si *semos* unas malvas! solamente cuando saltamos en tierra.... con el mareo.... Yo no he tenido camorras ni querellas en ninguna parte. Ya ve usted, navegando cuarenta años, no tengo más cicatrices que esta de la cara y cuatro ó cinco ó seis que no se ven. Jamás he provocado á ningún terrestre; pero lidiando siempre con marinos, he tenido alguna disputilla como la de Santa Pola, el día de la regata, y una reyerta en Nueva Orleans con los yanques y los filibusteros, y una riña en Liverpool donde le metí la faca hasta los hígados á un marinero que no dijo ni ay; pero este era un inglés. Total, nada.

—Usted que ha navegado por todos los mares, ¿ha visto alguna bahía más hermosa, más ancha, más segura que la de Vigo?

—Ya lo creo; como que he visto la de Samaná, la de Nipe, la de Nicoya y no sé cuantas más; pero la verdad es que todas las bahías son malas. A

mí no me gusta la vida de los puertos sino la de la mar. Yo no sé como algunos hombres pueden vivir en tierra habiendo tan buenos barcos. Si me mandaran desembarcar para siempre, me ahorcaba de una driza. Y luego los peligros del mundo; á bordo está uno libre de malas tentaciones. En las noches claras y estrelladas como esta, aun se pueden dar cuatro bordadas en tierra; pero cuando hay cerrazón y mal cariz me acuerdo con lástima de los terrestres que siempre están expuestos á romperse la crisma en un farol.

—¿Y le parece á usted que en la mar no hay riesgo ni peligro? ¿No sabe usted que ciertas islas desaparecen como por encanto y otras salen de repente, no se sabe cómo? ¿Le gustaría que esta noche brotara aquí un islote y nos quedáramos en seco?

—¡Bah! Esa es la historia de San Borondón.... Usted no la cree, pero yo sí.... La isla de San Borondón podrá ser fabulosa; pero yo sé de una playa

que también ha desaparecido y no hay Dios que la encuentre.

—¿Qué playa es esa?

—La de Santa Cruz de Mar Pequeña, en la costa de Africa. A mi entender se la han llevado los ingleses, quién sabe á donde, porque ya no está en Africa. Estos ingleses y franceses acabarán por echar á perder el mundo más de lo que está. ¡Apenas han hecho daño con abrir el istmo de Suez! ¡Y ahora quieren cortar el otro istmo, el de Panamá! En lugar de suprimir los condenados estrechos, están haciendo otros. Algún día no se podrá navegar sin echar la sonda cada cuarto de minuto.... Vamos á ver. ¿No sería más acertado haber suprimido toda el Africa y toda el Asia y las dos Américas, dejando los dos istmos?

—¡Pero patrón!

—Usted no entiende de estas cosas, es verdad; más vale que hablemos de filosofía y de música y de pirotécnica y de todas esas pamplinas de los sa-

bios.... ¡A fe que saben! Para abrir un paso de mar á mar, cortan un istmo que no vale un botón, de modo que en lugar de abrir una puerta van á abrir una gatera.... ¡Mal rayo los parta!

—¿Qué claridad es aquella, por la proa?

—La claridad del día ... Hemos pasado la noche sin necesidad de luz ni de sereno. Ya es hora de descansar....

ARTÍCULO FÚNEBRE

Lector, vengo impresionado.

Como yo gano el sustento á fuerza de trabajo, paso largas horas en el campo derritiéndome al sol, helándome en el invierno y renegando de mi suerte negra en todas las estaciones.

La vida es una ganga.

Pero á veces los trabajadores tropezamos en la vida con las obras de la muerte.

Eso es lo que hoy me ha sucedido y lo que me ha impresionado.

Presenciando esta mañana un desmonte que se practicaba en estas cercanías, apareció de pronto un esqueleto humano que parecía de mujer.

La calavera descarnada, con su dentadura carcomida y sus órbitas huecas; una tibia rota y la falta completa de uno de los brazos, me hicieron pensar y pienso todavía en las transitorias dichas de este mundo.

La buena señora cuyo era el esqueleto, fué pobre ó rica; en el primer caso, trabajaría como lo hago yo para acabar en eso: en esqueleto inmundo; y en el segundo supuesto gozaría de las dichas de este mundo, para lo mismo: acabar en una sepultura y no tener tranquilidad, ni en ella, pues hoy la han desenterrado á puntapiés; lo cer-tifico.

La vista del esqueleto cubierto de tierra húmeda, me produjo una sensación penosa, pues me hizo considerar que en aquel cráneo vacío y en aquel corazón pulverizado se agitarían

un tiempo las pasiones, arderían las tempestades y se chocarían los más contradictorios sentimientos.

Yo no sé quien era aquella dama; ignoro como se llamaba la interfecta (*lo cual que* no me importa); ni sospecho donde viviría ni la enfermedad que la mató.

Pero hay una cosa de la que estoy enterado: sé que la vida fué para ella un tormento de todos los instantes, y que pasó en este mundo 25 años, ó cincuenta ó ciento; de todas maneras cuatro miserables días, si se compara lo que duró su existencia con la eternidad, pero una eternidad relativa, si se consideran las jaquecas y dolores de muelas que pasó, los partos felices ó infelices, en la aventurada hipótesis de que pariera, y lo que padecería por la falta de esos mismos partos si no llegó á dar á luz. Me conmueve, sobre todo, la consideración de lo que moralmente sufriría si llegó á enterarse de lo que de ella diría la vecina del

segundo y de lo que á su costa murmuraba la portera. Me consta, además, como si lo hubiera visto, que más de una vez lloró de rabia porque llovía á torrentes, y otras veces porque no llovía, y en ocasiones porque se quemó el asado, y todos los días porque la criada le sisaba una peseta.

No hablemos de los caprichos de amor, ni de las posibles calabazas, ni de los desdenes probables de algún prójimo bonito... ó feo, porque de estos pormenores no estoy bien informado; pero sí lo estoy de que derramó copiosas lágrimas cuando hubo de someterse á una orificación que dura todavía; si ella la ocultaba, no la ocultaba su esqueleto; también estoy seguro de que pensó varias veces en el suicidio, por el inmenso infortunio de que una de sus amigas era más guapa que ella.

¡Infeliz! ¡Cuántos sinsabores durante la existencia! ¡Cuántas furias por desaires recibidos, cuántas rabie-

tas por chismes sin realidad ó porque algún personaje no la saludó! Son bien amargas las penas de la vida.

Y todo para que hoy no la conozca nadie, para que nadie se acuerde de su nombre y para que por milagro no le rompieran el cráneo al desenterrarla involuntariamente con un vulgar azadón.

La pobrecita señora, que ni siquiera se ha pulverizado tan rápidamente como su mortaja, de la cual apenas quedan jirones, ha presentado las deformidades de sus huesos, los defectos de su dentadura y la cabeza desprovista de pelos y de adornos, á los trabajadores que tal vez en vida desdeñara.

Para colmo de infelicidad, no se conoce por el esqueleto si murió sacramentada ó si su alma se la llevó el demonio.

Descanse en paz, le dirían cuando se murió; ni ese voto se ha cumplido, que esta mañana rodaba por el suelo como si fuera un trasto.

Cuando llegue mi turno, pido que me sometan á la cremación; la tierra es muy malsana. Y si no es posible, quiero que me sepulten en el fondo de la mar. Como decía un viajero que navegaba mucho sin miedo á los peligros, "el mar ha sido calumniado, pero en el fondo es bueno."

Encargo asimismo que el mar en que me sepulten sea el Atlántico. De ninguna suerte quiero ir al fondo del Mediterráneo, especie de charco más ó menos hondo que al fin será desecado por los pobres para que exploten esos terrenos los ricos.

Y será el único medio de limpiar el mar Mediterráneo de ingleses y de pulpos.

CARTAGO

Esta célebre ciudad, fundada por los fenicios como 800 años antes de nuestra era, fué al principio un refugio de emigrados, más tarde una factoría que se engrandeció por el comercio, por último una ciudad monumental, emporio de riqueza y capital de una república de guerreros y navegantes.

Los cartagineses fundaron otras muchas factorías en la costa de Africa, las más en los mismos puntos en que hoy existen los puertos más florecientes de Argelia, Túnez y Trípoli.

Todos los pueblos fenicios de la costa de Africa se rodearon de fortificaciones, pues los naturales del país eran amantes de su independencia, de una bravura insuperable, y tan aficionados á la guerra que hacían de ella constante ocupación.

No tardaron los africanos en combatir á sueldo de los cartagineses, que formaron sus ejércitos con intrépidos indígenas. Aquellos ejércitos cartagineses que en tan duros trances pusieron muchas veces á la soberbia Roma, se componían de jinetes africanos y de infantes españoles, que los fenicios no sólo se establecieron en la costa de Africa sino también en las vecinas de España, donde fundaron innumerables colonias.

El cartaginés Anibal con su ejército hispano-africano realizó la epopeya más grandiosa de los tiempos antiguos, no superada ni igualada nunca en los modernos. A la edad de 25 años, después de sitiar á la inmortal Sagun-

to que era aliada de Roma, de ser herido por los saguntinos y de tomar la ciudad, bien que incendiada y muertos sus defensores, pasó los Pirineos, el Ródano y los Alpes. Se apoderó de Turín, venció á Escipión en el Tesino, á Sempronio en el Trebia, á Flamínio en Trasimeno y á Varrón en Canas. Las legiones antes invictas de la asombrada Roma quedaron vencidas y disueltas.

Pero Anibal no supo utilizar sus victorias, y los romanos llevaron la guerra al Africa.

En la batalla de Zama fué derrotado Anibal, no tanto por las legiones romanas de Escipión como por la caballería de Masinisa. La República africana quedó entonces vencida, pero subsistente. Fué más tarde cuando los romanos destruyeron la ciudad que había sido emporio del Mediterráneo, haciéndole una guerra injusta y sin provocación. La ciudad de Cartago se sometía; los romanos pidieron sus ar-

mas á los cartagineses, y las entregaron; entonces fué cuando el Senado de Roma hizo arrasar la ciudad. Así se portaron los que tanto hablaban de la *fe púnica*. Bien se conoce que los historiadores de aquel tiempo eran romanos; ¡ay del vencido!

La odiosa y repugnante perfidia de los romanos infundió á los cartagineses todo su antiguo coraje y toda la rabia de la desesperación. Improvisaron armas, desplegaron actividad febril, acudieron á defender la patria hasta los párvulos y las mujeres, y así se defendieron tres años, rechazando asaltos, incendiando las flotas enemigas y pereciendo todos entre llamas.

La misma suerte le cupo algunos años después á la española Numancia, otra víctima de Roma.

¡Roma! ¡la ciudad más funesta que ha existido!... En la antigüedad fué el azote del mundo; en los tiempos modernos ha sido el cáncer de la humanidad. Todavía se estudia el llamado

Derecho romano, que pervierte las costumbres y los entendimientos; y se enseña en todas partes una *Historia romana*, en la que apenas figuran los dos grandes héroes de la ciudad del Tiber: Catilina y Espartaco.

El grande Anibal, expulsado primero de Cartago por exigencias de Roma, fué al fin asesinado, ya en la vejez, por sus implacables enemigos.

Aun existen las ruinas de Cartago, muy cerca de la moderna Túnez, cubiertas por el polvo de los siglos que parecen las nubes de su gloria. La soledad y el silencio han substituído á la actividad que antes reinó en aquella colonia guerrera y mercantil. Hasta las ruinas van desapareciendo poco á poco: Túnez se construyó con las piedras de Cartago; con mármol cartaginés se edificó la catedral de Pisa; los genoveses rebuscaron entre las ruinas púnicas los materiales que les

han servido para levantar los palacios de la ilustre Génova.

Las ruinas de Cartago son francesas en la actualidad, como enclavadas en la región tunecina.

Como los fenicios en su época, los franceses de nuestros días forman sus mejores tropas con intrépidos infantes y jinetes africanos, descendientes directos de los antiguos nómadas.

VARIOS TIPOS (*)

Se ha dicho, y es verdad, que á las primeras palabras de una conversaci3n se le conoce á cualquiera su profesi3n ú oficio. En vano fuera ocultarlo, pues cada oficio, cada ocupaci3n, cada carrera, tiene su *cal3* particular. Por la boca muere el pez.

Un hombre perspicaz descubrirá la clase ó profesi3n á que otro pertenece, por sus maneras, por su traje, por su

(*) Del libro inédito LA SOCIEDAD, *tipos civiles*.

fisonomía. ¿Cómo no se le ha de conocer al que hablando se denuncia?

Los españoles somos expansivos; en los viajes señaladamente, muchos españoles hacen ellos mismos su presentación: si á los cinco minutos de tratar á un español no se sabe quién es y lo que es, puede tenerse por seguro que no es nada, absolutamente nada, ni siquiera krausista.

Y es tan numerosa la distinguida clase de los que nada son, que bien merece un capítulo.

Hemos hablado en los precedentes del industrial, del banquero, del comerciante, del presbítero, del artesano, del médico, del abogado, del orador, del político, del usurero, del ladrón en cuadrilla, y de otros varios; pero los que se dedican á estas conocidas y bien determinadas funciones, no son más útiles á la sociedad que los que contribuyen á sostener el equilibrio social sin profesión conocida. Calcúlese el trastorno que sobrevendría,

si de la noche á la mañana se convirtieran en trabajadores los que viven en la holganza. Los cafés, las casas de juego, y otras, verían menguar sus ingresos; los sueldos y salarios decrecerían; con la concurrencia se arruinarían tal vez los ganchos, corredores y revendedores de billetes; cerraríase el tiro de pichón; en una palabra, la crisis más tremenda, la anarquía más espantosa, serían la natural consecuencia de transformación tan poco meditada. Afortunadamente no hay peligro de que se verifique por ahora, pues *los que nada son, los que á nada se dedican, los que viven de sus rentas ó de las del prójimo, parecen decididos á no ensayar utopías que alteren la armonía, que turben la concordia, que perjudiquen al concierto de la sociedad.*

Digna es sin duda de aplauso, la fe conservadora de tantos caballeros como en España y en todos los países contribuyen por la inercia á sostener

el edificio social. Y no se crea que los guía su amor al *dolce far niente*, ni que son por naturaleza perezosos, ni que merecen el título de vagos. Si no abrazan carreras lucrativas, ni oficios útiles, ni honradas profesiones, en cambio se ocupan con fervoroso celo, según sus caracteres, aficiones ó manías, en múltiples empresas que estarían abandonadas sin su valioso concurso.

Sin ellos no habría preciosas colecciones de sellos de correos, ni museos de botijas rotas, ni libros de caza, ni lenguaje de las flores, ni ratones sabios. Son tantas las variedades, tantos los tipos, entre los miembros de la sociedad que no pagan tributo por sus ocupaciones, que toda clasificación es imposible.

Algo diremos, sin embargo, de los que más descuellan, como el *hombre de honor*, el *sibarita*, el *sabio*, el *conspirador*, el *cazador* y el *pescador de caña*.

El hombre de honor es consultado á menudo por los que han de intervenir en encuentros con armas prohibidas. Se ha batido pocas veces ó no se ha batido nunca; pero sabe al dedillo las reglas de matar. Conoce el derecho de los adversarios y de los testigos, y nadie como él redactaría las actas más pomposas. Puede, en fin, vanagloriarse de poseer singularísimos conocimientos que no están al alcance de las multitudes.

Si el hombre de honor se bate pocas veces, en cambio suele intervenir discretamente en lances peligrosos. Ilustra con sus consejos al que se los pide, presta un par de pistolas ó hace los borradores de las actas; más no pasa de aquí su intervención.

Sabe la historia de todos los desafíos, desde el de Barletta, y conoce las peripecias y detalles que han formado jurisprudencia en lances de honor.

Estos tipos tienen también otras especialidades, que no consiste el honor

en darse de estocadas solamente. Hay algunos que no se rebajan, suceda lo que quiera, á dar la mano á los que consideran de menos categoría, ni devuelven saludos que no se les hagan en debida forma. Otros no admiten regalos que no tengan un sello de superioridad: un cigarro nunca, un mueble jamás, un palco menos; pero una caja de brevas, un objeto de arte ó un abono por seis meses, no son casi nunca desairados. Claro está que no han de recibir el más mínimo obsequio que parezca recompensa de anterior servicio, y mucho menos metálico, por que el vil metal los pondría al nivel de vulgar comisionista. Sólo admiten cantidades de consideración en billetes de Banco.

Uno de estos señores que serían anacronismos vivientes si no hubiera excepciones en su delicadeza sistemática, llevaba consigo una cesta de naranjas al embarcarse en un vapor inglés. La señora de un pasajero alemán

se encaprichó con las naranjas del caballero español. Como el alemán no tenía el honor de conocerle, no se atrevió á pedírselas; pero le propuso que se las vendiera.

—Yo no vendo nada, dijo enfáticamente.

—Es un antojo de mi costilla. Si usted no las vende, hágame el favor de regalarme algunas.

—Yo no regalo á quien me ha hecho la injuria de suponerme vendedor.

Retirábase amostazado el alemán del cuento, cuando el hombre de honor le detuvo por un brazo para decirle: —Siendo las naranjas para una señora, aunque yo no las vendo ni las regalo, se las puedo jugar á usted... contra su pipa.

.....
¡El sabio! Este es el tipo más raro, el ente más curioso, la criatura más original que encierra la creación. Hay sabios que saben y sabios ignorantísi-

mos; pero ni los unos ni los otros tienen un adarme de sentido.

No quisiéramos tratar de los sabios que saben, pues sabemos respetar la ciencia y aun la simple aspiración á la ciencia. Nada más honroso que exponer la vida en los precipicios y en los ventisqueros como hacen botánicos y naturalistas; nada más admirable que la invencible paciencia de los héroes de la química y del microscopio; nada más grande que las investigaciones atrevidas de algunos sabios modernos en los desiertos de Africa y en los mares del polo. Pero, aparte sus esfuerzos y sus sacrificios, éstos y todos los sabios pierden una parte de su vida discutiendo hipótesis, meras hipótesis, contradiciéndose con acritud como los simples mortales y poniéndose en ridículo en nuestra sociedad por su desconocimiento de las buenas formas.

Delante de señoras y señoritas dicen los sabios con la mayor frescura cosas que avergonzarían á un carretero,

Hablan de insectos, de larvas y de pulgas, de las metamorfosis del grillo ó del cienpiés y de los misterios y fenómenos de la naturaleza, como si ciertas cosas fueran lícitas.

Aunque en literatura tenga partidarios el naturalismo, nunca será de buen gusto, y menos en presencia de señoras, nombrar asquerosos bichos, discurrir sobre accidentes de la generación, ni explicar la reproducción de las especies. Guárdense, pues, las señoras de toda intimidad con gentes de microscopio, si no quieren que el día menos pensado vean á través de sus vestidos, y aún de su epidermis, cosas que son para calladas. Y cuenta que si un sabio distingue un pelo, una arruga, un insecto que le llame la atención, lo consignará en memorias, lo estampará en folletos, lo dibujará con gráfica exactitud, haciendo que lleguen á la posteridad los secretos más desconocidos.

Si esto decimos de los verdaderos

sabios, ¿qué diremos de los usurpadores de ese título, de los que creen merecerlo, de los que presumen con empalagosa erudición convencer á los demás de la importancia de sus conocimientos? ¿Qué le importan á nadie los cálculos estadísticos, fundados en conjeturas, de los pedantes que fijan el número de metros de talarañas que hay en Europa? ¿Qué importancia pueden tener la historia del barro, ni los huevos de pulga que se pierden, ni el número de hormigas que produce cada continente? Estos sabios, que saben cosas inútiles, se distinguen en su presunción de los verdaderos sabios. El sabio de veras, aunque su trato es siempre peligroso, es en general modesto; y conocemos en Francia á uno tan bueno, tan generoso, tan caritativo, que todos los inviernos manda sus pulgas á Niza para preservarlas de los hielos. Merece una recompensa de la Sociedad protectora de los animales.

*
* *

El cazador merece también algunas líneas, no el que tira bien y caza para vivir, sino el que tiene la manía de ir á cazar cuando sería más justo que lo cazaran á él.

Comprendemos la caza por exigencia de la organización, por disposición facultativa, y aun por distracción. El hombre acostumbrado á una existencia activa, se aburre y hasta se enferma haciendo una vida sedentaria. Pero no comprendemos el afán de los que cazan abandonando sus negocios, descuidando tal vez á sus familias, por rendir culto á la moda y por darse importancia.

Los falsos cazadores abundan más de lo que muchos creen; pero esto no es lo peor, sino que ocasionan accidentes deplorables y asustan con motivo á los inofensivos transeuntes. El manejo de las armas es más difícil, más peligroso de lo que parece.

Conocemos á un ciudadano pacífico

que anda siempre con la escopeta al hombro; en el modo de cogerla se conoce que el pobrecito no sabe dispararla; pero esto no impide que vuelva muchas tardes con gran cosecha de liebres y perdices. Animados del mejor deseo, preguntamos un día á la esposa de aquel cazador infatigable cómo consentía que el buen señor se expusiera á una desgracia.—Imposible, contestó: esa desgracia no puede suceder. Hace diez años que, abrigando esos temores, introduje una vela de esperma en el cañón de la escopeta para inutilizarla, y aun está allí sin que él lo sepa.

*
* *

Los pescadores de caña, los que sentados al borde de un estanque ó á la márgen de un río pasan las horas muertas esperando pescar alguna trucha, son unos seres incalificables.

Unos los creen filósofos, otros los suponen miserables, muchos los consideran infelices; pero la verdad es que

la ciencia antropológica no ha estudiado aún al pescador de caña ni la frenología se ha cuidado de su calavera. Una colección de calaveras de pescadores de caña, examinada por hombres competentes, llenaría tal vez muchas lagunas en las ciencias naturales.

Parece inconcebible; pero hay hombre de anzuelo, cuyo bello ideal es... una anguila. Cuando el pescador enristra su caña en la ribera, no lo moverá ni un terremoto. Hace pocos meses que se arrojó al Sena, desde uno de los puentes de París, una infeliz señora: ni uno solo de los varios cañiferos que pescaban en las inmediaciones abandonó su sitio ni intentó salvarla.

También hemos visto á los tales pescadores recibiendo sin pestañear las pedradas de los chicos. Sólo nos falta ver una ley votada en Córtes privándoles para siempre de todos sus derechos civiles y políticos.

.

MAS TIPOS (*)

Dicen que ya no hay *tipos* en el ejército; es posible; pero respondo de que existieron en épocas no lejanas. Los que aquí presento son copia del natural, copia mal hecha, sin duda por insuficiencia del copista; pero no inventada.

No incluiré en este capítulo más tipos que los siguientes:

EL OFICIAL APLICADO

Cuando un oficial joven se incorpora

(*) Del libro LA MILICIA, *tipos militares*.

á un regimiento, sus nuevos compañeros le preguntan si tiene parientes en el generalato ó buenas relaciones en Madrid.

Si el oficial novel dice que no cuenta con más protección que su derecho, *no estudie usted*, le responden; no estudie usted, porque es inútil. Usted no ascenderá aunque invente otra pólvora.

Pero si el jóven oficial manifiesta que tiene protectores; *no estudie usted*, le replican; no estudie usted, porque de todas maneras usted será pronto general.

El inexperto jóven suele no dar fe á tales augurios; pero como la experiencia viene indefectiblemente á confirmarlos, sucede que los oficiales estudiosos, que son escasos, de todo entienden menos de milicia.

Dedícanse los unos á las artes, los otros á las letras, quien estudia derecho, quien fabrica jabones y pomadas; escriben para el teatro algunos y

para sí no pocos. Pero ninguno, por aplicado que sea, pierde el tiempo con libros militares. El que los estudia sólo consigue captarse el odio de sus jefes y la antipatía de sus compañeros. El coronel lo llamará *caviloso* y el teniente coronel le dirá que piensa en majaderías.

Hubo un oficial en el ejército que, poseído de verdadero espíritu militar, y con la vocación más decidida, se quemó las pestañas estudiando libros de su profesión.

A los pocos años de servicio concibió y empezó á realizar el pensamiento de hacer un estudio crítico de las guerras de la antigüedad.

Adelantaba la obra con toda la rapidez que era compatible con sus escasos medios.

Pero un día, después de toda una noche de trabajo y de haber dedicado las primeras horas de la mañana á estudiar la guerra de Yugurta, cuando rendido de sueño y de cansancio iba á

dar á su cuerpo el descanso apetecido, se presentó en su casa un sargento de su compañía.

—Mi alférez—dijo el sargento—que vaya usted *inmediatamente* al castillo de la Aljafería.

Allí se encontraba el regimiento.

El oficial, creyendo que había estado una insurrección ó que extranjeros invadían la patria, se vistió apresuradamente, se ciñó su espada y corrió con un calor de 35 grados hasta el lejano castillo en que estaban sus banderas.

Cuando entró por las puertas del castillo observó que iban llegando sus compañeros, avisados como él, y como él poseídos de la más viva ansiedad.

Pocos minutos después, todos los oficiales se hallaban ya reunidos en el cuarto de banderas; y el teniente coronel, que se paseaba meditabundo imponiendo terror á los más bravos con su semblante severo, después de cerrar las puertas para que la tropa no se

enterase de los graves acontecimientos que iba sin duda á revelar, pronunció con voz entrecortada el siguiente lacónico discurso:

“Señores oficiales: el señor coronel ha recibido una circular del director para que nos quitemos todos las perillas (sensación). Encargo á todos ustedes que hoy mismo se dé cumplimiento á esta superior disposición. He dicho.”

Los oficiales se retiraron discutiendo entre si las ventajas é inconvenientes de los pelos de la cara, y el que estudiaba la guerra de Yugurta, después de cortarse la pera de un tijeretazo, quemó todos sus papeles y se tendió á dormir. Más tarde heredó tres mil pesetas, solicitó su licencia y puso en su pueblo una tienda de melones.

EL OFICIAL INSTRUIDO

Nada más útil en un regimiento que el oficial instruído; y entre los modernos hay bastantes.

Son útiles sobre todo en los destacamentos aburridos, por lo que dan que hacer á los demás.

Los murmuradores (y no faltan nunca) dicen del instruído que sólo es un pedante; pero es una gloria para el cuerpo contar con un instruído.

Es claro que no se llama así al que sólo se distingue por sus conocimientos profesionales, que son obligatorios, sino al que sabe más, mucho, muchísimo más. Por ejemplo, al que es erudito de la táctica.

Siempre hay alguno que manda y ejecuta muy mal las maniobras, pero sabe por quien fueron inventadas ó en qué batalla tuvieron su primera aplicación.

Practicando con su compañía, les habla á sus soldados nada menos que de Epaminondas, de Polibio, del Gran Capitán y del feld mariscal Molke.

El instruído llega á ser la admiración de los cabos, sobre todo en la instrucción de reclutas, cuando les dice á éstos:

“Para tener el arma sobre el hombro, se ha de cuidar de que el plano proyectante del eje del fusil resulte paralelo al plano proyectante de la línea de mínima pendiente de la nariz.”

El oficial instruído inventa algo, y aun pide privilegio de invención. El regimiento se enorgullece cuando tiene el honor de contar entre los suyos al admirable inventor de un borceguí-telómetro.

La gloria del instruído no queda reducida al regimiento; su fama no se encierra en el cuarto de banderas, como podría pensarse: trasciende al público, gracias á la prensa.

Hasta los quintos leen *El Imparcial* y *La Correspondencia*, el día que éstos anuncian una conferencia pública del oficial instruído.

¡Quién pudiera ir!, exclama algún sargento.

Los oficiales asisten á la conferencia para aplaudir al instruído que es orgullo, á lo menos, de su batallón.

Y salen encantados del Círculo ó del Ateneo, después de escucharle con la boca abierta un discurso magistral sobre *el hipnotismo, el protoplasma y la materia cósmica, en sus relaciones con el arma de caballería.*

UN JEFE PUNTUAL

Sí, era puntual y por lo mismo exigente.

Daba ejemplo de puntualidad, para exigírsela á todos.

La puntualidad era la gran manía de mi inolvidable coronel.

¡Cuántas agarradas dicen que tuvo con la coronela por la pícara puntualidad!

Una mañana tenía que pasar revista de armas á las seis en punto.

Despertóse á las cinco; pero las sábanas bastante pegajosas, la mañana un tanto fresca y la coronela todo lo contrario, comprometieron la puntualidad del coronel y causaron un dis-

gusto que dejó memoria en mi valeroso regimiento.

La fuerza estaba formada con anticipación en el patio del cuartel. Iban á dar las seis y el coronel no llegaba; pero todos estábamos seguros de que, si no había reventado aquella noche, entraría por las puertas á la primera campanada.

Entretanto el coronel, hecho una furia por haberse levantado tarde—todo por culpa de la coronela,—se vestía con precipitación, montaba á caballo y galopaba en dirección al cuartel.

Dieron las seis.

Desde los jefes hasta los cornetas, desde los quintos hasta los reenganchados, todos estaban verdaderamente sorprendidos.

El teniente coronel, especialmente, parecía aterrado.

Pasaron cinco minutos.

Ya nadie dudaba que al coronel le había sucedido alguna cosa.

Algunos creíamos que se había muerto.

Por fin se oyó el galope de un caballo.

—¡El coronel!—gritó el centinela de la puerta principal.

—¡Firmes!—dijo con satisfacción el teniente coronel.

El coronel entró en el patio á galope y rebosando ira.

Se acercó reloj en mano al teniente coronel, y dijole con acento de enconada furia:

—¡Las seis y diez minutos!

—Sí, mi coronel.

—La revista debió pasarse á las seis... queda usted arrestado... queda arrestado el regimiento...

Y se arrestó á sí mismo.

UN OFICIAL FINÍSIMO

Era un tipo único.

No se le oyó nunca una sola palabra mal sonante.

Quería ser un modelo de buena educación.

A cualquier soldado lo llamaba "señor mío."

No tuteaba á ninguno de sus compañeros,

A los jefes los reverenciaba.

Se le consideraba, con razón, el más comedido, el más impasible, el más modesto de los oficiales.

No tenía más defecto que el de rebusar las expresiones para no incurrir en ninguna inconveniencia.

Los subalternos hacían con él verdaderas herejías, solamente por impacientarlo. Jamás lo consiguieron.

Sólo una vez, después de soportar con paciencia las groserías y aun las injurias de un teniente muy provocador, le dijo con el tono más meloso que puede imaginarse:

—Amigo mío, ya me está usted cohabitando; hágame usted el obsequio de no impregnarme más.

Un día le preguntó uno de sus com-

pañeros de qué modo se había educado con tanta perfección.

Y respondió con su sonrisa habitual: "comprando para mí un diccionario, un compás y un suspensorio."

Su especialidad era echar piropos á las chicas.

A unas las llamaba rosas de Jericó, á otras Narcisas.

Con frecuencia se le veía saludar á muchachas que apenas conocía, diciéndoles con aire picaresco:

—Es usted más linda que la *reina* Wamba.

O bien:

—¡Qué ocasión tan pingüe para colaborar!

UN CUENTO QUE NO ES CUENTO

Era un matrimonio con un solo hijo. El padre se llamaba Antonio, la madre Teresa y el chiquitín Canuto.

La familia no podía ser más pobre; vivía en una cabaña, cultivando un terrenito próximo y poco mayor que la palma de la mano.

Sin embargo, Canuto fué á la escuela del lugar vecino donde aprendió á leer y escribir, lo que no sabían sus padres que jamás habían ido á la escuela. Querían los padres que el chico recibiera una mediana instrucción, por

lo mismo que ellos no tenían ninguna.

La instrucción se había declarado gratuita por la ley; pero comõ el rey no le pagaba un cuarto á los maestros de escuela, no había más remedio que darle alguna cosa. Por eso Canuto le llevaba al maestro dos ó tres libras de patatas cada mes, y allá por Noche Buena un pichoncito, ó á lo menos un gorrión.

Fácilmente se comprenderá que el maestro de escuela no gozara de la mejor salud; padecía de flato y solía decirle á su discípulo:

—Canuto, me has usurpado el nombre; yo soy el verdaderó *canuto*. Como tengo la cabeza llena de sabiduría porque yo solo poseo toda la ciencia del lugar, es natural que mi barriga esté hueca. Yo estoy flaco y miope á fuerza de estudiar; en cambio el albéitar está gordo como un arzobispo.

Canuto les contaba á su padre y á su madre todo lo que el maestro le

decía. Teresa y Antonio sospechaban que aquellos discursos eran indirectas á lo Padre Cobos; pero los pobrecitos no podían hacer más. Bastante sacrificio era el de obsequiar al maestro con patatas, cuando ellos se mantenían de coles y alguno que otro rábano para abrir el apetito.

Cuando Canutito ya sabía sumar, su padre lo retiró de la escuela.

Se presentó al maestro y le dijo:

—Somos tan pobres, que nos vemos precisados á embarcar el chico. Lo mandamos á las Indias para que haga fortuna. Solo siento que en esto de hacer cuentas haya adelantado poco, pues me ha dicho que solo sabe sumar.

—No sabe más, le contestó el maestro, porque ese es mi sistema de enseñanza. Yo enseño á sumar, que es lo importante; no enseño á restar, porque es operación de mal agüero. Dígale usted á Canuto que se pase toda la vida sumando; eso es lo que le conviene. El que resta se arruina, el que

multiplica va á la cárcel y el que divide es un pródigo.

Cuando llegó el día de embarcarse el jóven para América, su padre le acompañó hasta el puerto más cercano, que distaba algunas leguas del valle en que vivían. La madre dispuso algunas provisiones, y alquiló un borríco para que las llevara.

Después de despedirse de su afligida madre, salió Canuto con el autor de sus días y el borríco de alquiler caminito de la costa. Como la carga del burro no era muy considerable, pues consistía solamente en una merienda no muy sólida, dijo el padre á su hijo:

—Móntate en el burro.

El chico obedeció.

A los pocos momentos encontraron á unos piadosos peregrinos que viajaban en sentido inverso. Uno de ellos dijo al otro:

—Mira que poca vergüenza tiene ese muchacho; va montado en el bo-

rrico y deja que su padre vaya á pie.

El chico lo oyó y bajándose del burro dijo á su padre:

—Monte usted un ratito, que yo tengo gana de andar un poco.

Montó el padre en efecto, y á poca distancia se cruzaron con unas mujeres.

Una de ellas dijo, dirigiéndose á las otras:

—¿No veis ese camastrón que bien montado camina mientras el pobre muchacho se va rompiendo los pies?

Entonces el padre le mandó á su hijo que montara á la grupa.

Anduvieron un trecho, y pasaron delante de un campamento de jitanos que hacían de comer al aire libre.

¡Pobre animalito! exclamó uno de los jitanos aludiendo al burro ¡no puede con su alma y se le han plantado encima dos mastuerzos!.... ¡lo van á derrengar!

Canuto y su padre que oyeron las razones, por no decir sinrazones, del

jitano leguaraz, se echaron al suelo y continuaron andando.

No lejos del sitio en que se habían apeado, se les acercó muy decidido un soldado de caballería que marchaba á su pueblo con la licencia absoluta.

—Buenos días, paisanos, dijo el ex-militar, ¿cuánto me falta para llegar al primer pueblo?

—Dos horas á buen paso, contestó el padre.

—¿Hay alguna fuente en el camino?

—A media legua hay una.

—Gracias, amigos, y mucho cuidado cuando subáis la cuesta que yo acabo de bajar, no sea cosa que reventéis de brutos.

—No le hemos dado á usted motivo para insultarnos le contestó Canutillo.

—Es que sois un par de bestias, pues que teniendo un burro vais los dos á pata.

El soldado se alejó muriéndose de

risa, pero la lección no fué desaprovechada. Antonio le hizo reflexiones y le dió consejos á su hijo sobre lo poco que vale la opinión ajena, pues en media jornada habían encontrado tantos censores como individuos, que todos juzgaban con precipitación y sin antecedentes, criticándoles igualmente si montaban y si no montaban.

Por fin llegaron al puerto, durmieron padre é hijo en una pobre posada y al día siguiente se embarcó Canuto.

Pasaron luengos años sin que los padres recibieran noticias de sn hijo.

Su pobreza era la misma, agravada por los años; Antonio tenía setenta y su mujer pasaba de los sesenta y cinco.

Una tarde estaban los dos viejos tomando el sol en el campo, cuando al cruzar una senda vieron un objeto extraño, perdido acaso por algún viajero.

Cuando lo examinaron, vieron con

sorpresa que era un portamonedas lleno de oro.

No pudieron dormir aquella noche, y la pasaron discutiendo la inversión que al dinero le darían.

Al cabo convinieron en que Antonio iría á la escuela, para aprender, aunque tarde, á leer y escribir. Así podría, sin valerse del memorialista, escribir á América pidiendo noticias de Canuto.

Pero sucedió lo que era natural. Con setenta años encima no pudo Antonio aprender ni la primera letra del abecedario. Los chicos por otra parte no respetaban sus venerables canas y le hacían pasar las penas del purgatorio.

A los quince días se retiró de la escuela dándose por vencido, pues conoció que á su edad no podía ni hacer palotes.

Ocho días después se hallaban los dos viejos tomando el sol en el mismo sitio en que habían tenido el singular

hallazgo del portamonedas, cuando vieron llegar un jinete cabalgando al paso. El jinete se les acercó y les dijo:

—¿Saben ustedes si alguien se ha encontrado un portamonedas lleno de oro que yo perdí el mes pasado?

Antonio con mucha calma y enseñando las encías, porque ya no tenía dientes, le respondió:

—Si señor; en esta misma vereda me encontré yo un portamonedas como el que usted dice.

—¿Cuándo lo encontró usted?

—No sé el tiempo que hace, á punto fijo; pero fué poco antes de empezar yo á concurrir á la escuela.

El jinete metió espuela al caballo y salió galopando sin decir adiós.

Creyó que el pobre viejo se quería burlar.

—¿Cuando él iba en la escuela no había yo nacido ni mi padre tampoco! decía el jinete al alejarse con un humor de perros.

Nunca más reclamó nadie el porta-

monedas ni su contenido, y los viejos se creyeron en posesión legítima de su tesoro.

Antonio le dijo á su mujer:

—Ese hombre del portamonedas juzga por las apariencias, por la primera impresión, como aquellos del borrico; á gente así no se le debe hacer caso.

.
No se resignaban Antonio ni Teresa á morir ignorantes de la suerte de su hijo. El silencio de este les inducía á creer que buscando fortuna había tropezado con la muerte, pero siempre tenían una esperanza vaga.

En esto llegó al país un acaudalado indiano por quien supieron que el señor don Canuto vivía... y en la opulencia.

Su padre no quería creer tamaña ingratitud; recordaba las equivocaciones de los jitanos, del soldado y del que perdió el portamonedas.

Pero la madre dió crédito á la noticia y resolvió escribir al hijo ingrato.

Como ella no sabía ni su marido tampoco, se valió del recién llegado indiano á quien dictó una carta concebida en los términos siguientes:

«Canuto: Hemos sabido que estás en muy buena posición. Nosotros también estamos ricos, relativamente, y para nada necesitamos de tí. Si te escribimos, es para decirte que te despreciamos.»

No hacía media hora que habían depositado la carta en el correo, cuando llegó una carta de Canuto. El hijo les mandaba una cantidad muy superior á la del portamonedas. Explicaba su silencio por las circunstancias de su vida; había pasado veinte años prisionero de los indios y sin comunicación con gentes civilizadas. Al fin pudo fuggarse, y el dinero que ganaba era para los viejos autores de sus días.

La historia referida por el indiano recién llegado, era falsa enteramente.

Se arrepiñtió Teresa de haberle escrito á Canuto la carta que sabemos

y de haber creído los cuentos de un advenedizo. Semejante ligereza á los setenta años no tiene disculpa. Había procedido como los peregrinos y los jitanos del burro. ¿De qué sirve la experiencia?

Afortunadamente aquella carta no llegó jamás á su destino. Como ha dicho Eusebio Blasco,

*la mitad de las cartas que se pierden
se deben de perder.*

EL ORADOR

Del libro inédito LA SOCIEDAD

Siempre me parecieron más simpáticos los Catilinas que los Cicerones. Catilina, aquel demagogo cuyo crimen consistió en luchar *por la patria, por la libertad y por la vida*, espera hace veinte siglos su rehabilitación. Fué sacrificado en vida por los retóricos, y los retóricos le calumnian en la posteridad.

Desconocemos absolutamente los progresos realizados ó los beneficios hechos por los grandes oradores: Pres-

cindiendo de los sabios de la antigua Grecia, de los astrónomos de todas las edades, de los geólogos, naturalistas, químicos, mecánicos de nuestro siglo, de los grandes poetas que han presentido las evoluciones de la humanidad, de los navegantes que han descubierto mundos, de los conquistadores que han civilizado continentes, entre todos los cuales ni uno solo ha brillado por el esplendor de su elocuencia; fijándonos, para abreviar, en nuestro siglo, fecundo en oradores, y en la esfera política, que es donde más se abusa de la palabra humana, veremos que ninguno de los hombres de Estado que más han influido en los grandes sucesos y transformaciones de la época ha estado, como orador, á demasiada altura.

Cavour, como todos los políticos de origen militar, hablaba medianamente; Bismarck, que también militó en su juventud, era inferior por su palabra, aunque sobria y concisa, á mu-

chos miembros del Parlamento alemán; Thiers estaba, como orador, cien codos debajo de Gambetta; Lincoln no era orador; Juárez tampoco; Washington no hablaba bien, y Garibaldi todo lo mal posible.

Sólo en Inglaterra pueden encontrarse políticos de talla que sean á la par distinguidos oradores; pero en Inglaterra y en todos los países hay oradores eminentes que son á la vez políticos desgraciados.

Sin embargo, no es nuestro objeto ocuparnos de las eminencias tribunicias. Grandes ó pequeños, útiles ó perjudiciales, hay sobresalientes oradores que, como tales, son indiscutibles. Sólo nos ocuparemos de la turba que pretende hacer de la palabra escabel de su fortuna; de los centenares de políticos que, sin instrucción, sin méritos, sin capacidad, aspiran á las más altas representaciones porque saben hablar horas enteras sin decir nada; de los oradores que, por su locua-

cidad é intemperancia, ocupan con frecuencia la pública atención, sin tener muchas veces ni la noción del Estado ni la más vaga sospecha de lo que es política.

Así como ciertos políglotas, para demostrar que conocen muchas lenguas, dicen tonterías en variedad de idiomas, los oradores políticos hablan de todo sin entender de nada, interpellando á menudo, elevando la interrupción á sistema y pronunciando discursos ó improvisando réplicas como quien redacta gacetillas:

El sistema parlamentario tiene el inconveniente de que inutiliza á los hombres de saber, á los hombres serios, á los hombres de buena voluntad, si no son oradores. En cambio, los oradores pueden figurar en la tribuna y en los más altos puestos del Estado, aunque es bien sabido que las facultades de expresión son inferiores á las de concepción y á las de acción.

El Sr. Castelar es el más grande de

los oradores de todos los tiempos y de todos los países. Niéganlo muchos, sobre todo en Francia; pero, por nuestra parte, declaramos que sólo su palabra nos subyuga; que aun los discursos que, leídos en la soledad del gabinete, parecen más artificiosos ó más débiles, al salir de sus labios nos han arrebatado ó conmovido. Algunas veces, en tiempos que pasaron, llegaba á convencer, y aunque los años transformaron su elocuencia, haciéndola cada día más apasionada, á la inversa de lo que sucede á todo el mundo, cada discurso académico ó parlamentario suyo es un monumento más, una gloria añadida á las muchas que cuenta la elocuencia castellana.

Pero ¡oh desdicha! Si Castelar no ha sido tan funesto como Mirabeau, como Olózaga, como Ollivier, ha causado incalculables perjuicios, formando la escuela de sus ridículos imitadores. Es una fatalidad que pesa como una maldición sobre los grandes maestros de

la palabra humana. Los arrebatos de la inspiración, los arranques más apasionados, los movimientos más rápidos, los gestos más atrevidos son admirables cuando los produce el genio; pero los imitadores de Castelar provocarían la hilaridad del auditorio si el ánimo no se entristeciera pensando en la pobre España, tal vez predestinada á que la gobiernen algún día.

Los discípulos de Castelar imitan el timbre de su voz, copian los febriles sacudimientos de su mano, parodian sus actitudes, agitan sus brazos como aspas de molino, ridiculizando las convulsiones artístico-nerviosas del gigante. En una Cámara célebre, en la que una parte de la juventud se impuso la tarea de *castelarizar*, fué donde nos convertimos á la escuela de Darwin.

Se necesita verdadero genio, ó ser consumado artista en el arte de la declamación, para empezar un discurso en tono familiar, y, de repente, sin

que nadie interrumpa al orador, sin que nada ocurra en el Parlamento ni en ninguna parte, cerrar los puños, apostrofar enérgicamente ó prorrumpir en llanto, cambiando de tono repetidas veces y tomando un azucarillo después de cada período. No es posible creer en la sinceridad del sentimiento que en un solo discurso produce períodos trágicos, períodos cómicos y períodos húmedos.

¡Cuánto hubieran aprendido Talma y Romea en algunas célebres sesiones! Aquellos diputados, satélites voluntarios del sol del Parlamento, eran, sin saberlo, inimitables cómicos. Ya hemos dicho que es subyugadora la elocuencia de Castelar; pero ¿cómo no reirse de sus serviles plagiaros y ridículos imitadores?

Todos los hombres importantes en la esfera política, desde el jefe de partido hasta el cabo de grupo, cuentan con el afecto de sus pocos ó muchos partidarios. Estos se identifican con

aquéllos, ya por comunidad de pensamiento, ya por afecto personal. Sólo Castelar tiene la desdicha, no merecida ciertamente, de que el mayor número de sus secuaces le siga por su elocuencia, es decir, por cobijarse á la sombra de un buen árbol, de un árbol que ha de dar fruto: que no puede menos de tener gran porvenir, en el siglo de las controversias, el más grande de los oradores.

Hemos citado involuntariamente al Sr. Castelar; que no se puede tratar de elocuencia y de oradores sin pensar en él. Privilegio de los grandes hombres, como el poco envidiable que Castelar alcanzará también, de que á su muerte les suponga el vulgo envenenados.

Varias veces hemos hablado y hemos de hablar del *vulgo*; y para que no se crea que en este nombre colectivo sólo comprendemos á la gentecilla de poco más ó menos, pensamos hacer un libro en el que, bajo el título de

VULGO, figurarán banqueros, monarcas y hasta oradores: todos los que, según la frase de Ingersoll, pueden decir al despertar en sus mullidos lechos: "¡Aquí no hay nadie!"

Hasta ahora nos hemos referido á los facedores de discursos, más ó menos improvisados, en los parlamentos; pero no acabaríamos en muchos años si estudiáramos los tipos que brillan en el foro, en el púlpito y en el cuartel.

Hay en las universidades catedráticos que se proponen, á fuerza de discursos, crear una aristocracia nueva: la universitaria. Pero el talento no se comunica, y mucho menos cuando el orador que lo pretende no puede comunicarlo, porque lo quisiera para sí. Además, son escasillos los hombres eminentes que han salido de la Universidad; y si lo es alguno, lo sería igualmente sin haber ido nunca á Salamanca.

Los oradores académicos y los polemistas de Ateneo están en su terreno

unos y otros. Más propia es la elocuencia retórica, de las reuniones científicas ó literarias, que de los congresos ó asambleas políticas, y hacen muy mal aquellos oradores en llevar su estilo al Parlamento.

Nadie está obligado á intervenir, si no quiere, en debates científicos ó filosóficos; pero en los parlamentos se sientan muchos hombres por mandato expreso de sus conciudadanos. Ninguno haría mal papel si todos se defendieran de la tentación de pronunciar discursos académicos.

No ha habido un sólo congreso que no haya sido llamado por los tontos *tren de tercera*. ¿Cómo no ha de ser de tercera una cámara electiva si la sociedad que representa es de la misma clase? ¿Por ventura hay grandes hombres, ni siquiera grandes oradores en todos los distritos? ¿Se encuentra á cada paso un Pi y Margall, un Figueras, un Castelar, un Salmerón ó un Cánovas del Castillo? Y por cierto que

si se encontrara en cada distrito un candidato como cualquiera de los citados señores, estos señores dejarían de ser eminencias y notabilidades.

Hemos conocido un sobresaliente profesor, verdadero hombre de ciencia, todo un sabio, que disertando sobre la historia de las Matemáticas, decía: "Eratóstenes, que era *un tío muy largo*...."

¡Cuánto se hubieran reído oyendo sus lecciones y la extremada llaneza de su estilo esos afilligranados, melfluos é ignorantes oradores que se hacen aplaudir hablando del éter, y del aura, y de la concupiscencia! Y sin embargo, los últimos no valdrán nunca lo que el primero valía en su modestia y en su oscuridad.

No terminaremos sin decir algo del orador de club.

Es el club la escuela en que se ensayan y dan soltura á sus lenguas los que aspiran á la diputación. Cuatro bachilleres presuntuosos y media do-

cena de insulsos charlatanes v \acute{a} n \acute{a} los clubs \acute{a} burlarse de la buena fe del p \acute{u} blico, que siempre los aplaude.

Hemos presenciado una sesi \acute{o} n de club en la que un orador, subiendo \acute{a} la tribuna, empez \acute{o} su discurso de este modo:

—Ciudadanos: El Gobierno, de acuerdo con el Arzobispo de Toledo y los Embajadores de Austria y Rusia, prepara un golpe de Estado. Propongo que decapitemos \acute{a} los traidores.

—Protesto—dijo una voz.

—Porque sois sombrerero—replic \acute{o} el preopinante, continuando tan fresco su discurso.

Otro orador, con gran pros \acute{o} popeya, dec \acute{a} la misma noche:

“Vista la gravedad de las circunstancias, pido que nos constituyamos en sesi \acute{o} n permanente; y entre tanto, voy \acute{a} leeros una oda improvisada por un hijo m \acute{o} o.”

Otro caballero hablaba de construir “locomotoras de plata para pasear por

ambos hemisferios la imagen de la República.»

Y otros muchos, admiradores del maestro tantas veces nombrado, llamaban á España *Turquta de Occidente, Polonia del Mediodía y patria de las musas.*

Hablaba un día con mal velada emoción un orador novel, y contando las çuitas de no sé qué patriota, de cuya candidatura se trataba, decía:

—Después de batirse como un héroe, dispersos los amigos, perdida la esperanza, huyó perseguido por los carabineros. Deseoso de llegar á la frontera antes del nuevo día, *andó, andó, andó....*

—¡Anduvo!—gritaron los oyentes.

—Ya lo sé—continuó.—Anduvo, anduvo, anduvo, hasta llegar al río; pero los carabineros venían á sus alcances: arrojóse al agua, y *naduvo, naduvo, naduvo....*

¿Quiere decirme alguien de qué sirven los clubs del género que hemos

conocido? ¿No sería mejor que se dieran conferencias útiles ó se discutieran por los interesados las necesidades de la clase obrera, sin intervención de bachilleres ni insensateces retóricas?

Hasta la fecha, los oradores de club han dicho al público cándido los más estupendos desatinos, para convertirse en *hombres serios* y ultra-conservadores cuando han conseguido lo que sin duda buscaban: un destino ó la diputación.

Después de todo, no hay que extrañar que todos aspiremos á los cargos más difíciles. Desde que un hombre eminente como orador, como político y como literato ha encerrado su programa en las palabras *infantería, caballería y artillería*, sólo es preciso saber, para regir un Estado, la TÁCTICA DE LAS TRES ARMAS del intrépido general Concha.

EL TRADUCTOR

En las letras, lo mismo que en las artes, cuantos las cultivan ambicionan la celebridad, aspiran á la gloria y no desdeñan los Billetes de Banco: tres cosas inaccesibles á la mayoría de los artistas y de los escritores.

Es evidente (pero no justo) que la fama, la gloria y el dinero no están al alcance de todos los que escriben; en cambio los favorecidos están condenados á una desdicha inmensa: la de que los traduzcan.

No se tome por envidia ni se consi-

dere exagerado: compadezco á Cervantes, á Víctor Hugo y á Zola. Todos los publicistas antiguos ó modernos que han sido traducidos de una lengua á otra son dignos de lástima. Crearon hijos hermosos para que los traductores se los degollaran.

Recuerdo aquí el epígrama que un amigo mío dedicó á un Académico de la Española, muy dado á traducciones clásicas, bíblicas y portuguesas. Hé aquí el programa:

¿Sabes tú por qué lloraba
el profeta Jeremías?
Porque ya profetizaba
que tú lo traducirías.

Pero no él, sino todos ó la mayor parte de los traductores han sido y son unos implacables asesinos. Lo mismo digo de los imitadores y refundidores, á todos los cuales se les puede aplicar sin injusticia aquello tan sabido:

Refundidor baladí,
bárbaro de buena fé,

ya que refundes, ¿por qué
no te refundes á tí?

He dicho antes que no considero justa la prodigalidad con que fortuna y gloria recompensan á unos literatos, al mismo tiempo que otros se consumen en la oscuridad y en la indigencia. Pero no basta decirlo; es menester demostrarlo y voy hacerlo.

Se ha dado en decir que el hombre nació para trabajar y que el trabajo ennoblece y es recompensado. Ahora bien, Víctor Hugo, que es un gran poeta, produce sin esfuerzo esas admirables concepciones que el universo admira; lejos de darle trabajo le causan regocijo, y además las vende. Entre tanto hay un sin número de escritores de menor cuantía que pasan la pena negra para hacer una oda mala ó para escribir una novela horrible, y después de tan ímprobo trabajo no ganan una peseta. ¿Dónde está la justicia?... ¿Dónde la recompensa del trabajo?... Tal vez en lo apuntado más

arriba: en que para los últimos no hay traductores.

Y en efecto, las traducciones son una plaga de la literatura. No quiero citar las que se han hecho en España en todos tiempos ni la influencia nociva que han ejercido en la lengua castellana; sólo diré que en todas partes son igualmente perniciosas, cuando no son inúctuas y salvajes. Hace pocos días que un periódico francés, al traducir una correspondencia en la que se leían estas palabras: "Leemos en *La Industria*, periódico de Sucre...", estampaba estas otras: "La industria azucarera de Bolivia..."

¿Y las notas que se permiten poner los traductores? Sería de desear que se dictara una ley concediendo á todo traductor la categoría literaria de *memorialista*, con lo cual habría de limitarse bien ó mal á lo que dijera el texto, sin intercalar llamadas inocentes, notas absurdas y monstruosidades. Las notas con que pretenden ilustrar el

texto algunos traductores *eruditos*, me recuerdan por su candidez las tonterías parlamentarias de un buen amigo mío, que tratando de impuestos habla de Júpiter, discutiendo un acta electoral habla en latín (para decir *belis nonis* ó cosa semejante) y al citar á un personaje cualquiera se permite explicar á todo un Parlamento quien era el tal personaje ¡aunque se trate de Cristóbal Colón ó de Mambrú!

Pero en verdad que las culpas no son exclusivamente de los traductores. Los verdaderos responsables son los editores y los hombres de letras. Los primeros porque pagan mal las traducciones; los últimos por que desdennan traducir, aun las obras maestras, como si fueran capaces de hacerlas ellos mejores.

Los editores explotan la ignorancia y la miseria con grave daño de la literatura. Prefieren las malas traducciones porque les cuestan menos y los malos traductores porque son como

ellos el azote de las letras y del buen sentido. Cuando un editor dice que un libro es bueno, debe entenderse que tiene buen papel, que está bien encuadernado ó que le deja un beneficio de 85 por 100.

Las casas editoriales de París mantienen un gran comercio de libros con los países de América, haciendo traducir al español libros franceses de los peores que salen. Si tales traducciones sirven de pasto á los lectores de América, no es extraño que la lengua pátria se desnaturalice y se corrompa en las repúblicas americanas. Los que más traducen para estos editores son los emigrados, carlistas ó nihilistas, muy valientes, muy decididos, pero muy baratos. El que hace por cien pesos una traducción que vale mil, ese es para el editor el más útil y hábil de los traductores. En general traducen al pié de la letra, no por fidelidad sino por ignorancia, y resultan gálicos así la construcción como los términos.

Por lo que dejo dicho de la corrupción de nuestra lengua en las naciones hispano-americanas (corrupción debida en parte á los traductores de París,) no se entienda que participe yo de algunas ideas equivocadas.

En primer lugar, opino que las palabras usadas en América y desconocidas en España, son españolas en su mayoría y llevadas á América por los conquistadores. Allí se han conservado expresiones castellanas de las más castizas, que han caído en desuso entre nosotros. Donde se nota más el influjo disolvente del francés y de los traductores es en la sintaxis, que por cierto va tomando caminos de perdition.

En segundo lugar, no me parece mal que los americanos y los españoles inventen palabras nuevas ó las tomen en donde las hallen cuando son precisas. No solamente hay muchas cosas nuevas que exigen nuevos nombres, sino que todas las lenguas se enriquecen

las unas á las otras y se transforman progresivamente. No todos los barbarismos son barbaridades, ni se debe ser demasiado escrupuloso. Nadie ignora que los críticos españoles de hace un par de siglos censuraban el uso de las palabras *adolescente*, *joven* y *fulgor*. Lo mismo sucede ahora con otras muchas palabras, y sucederá en lo porvenir. Palabras de una lengua toman carta de naturaleza en las demás, cuando conviene así; la cuestión es elegirlas con gusto y nada más que para llenar las deficiencias de todos los idiomas.

Es raro, sin embargo, que los americanos hayan tomado más palabras de Europa que de la misma América, donde, al decir de Humboldt, se hablan trescientas lenguas y acaso 2.000 dialectos (sin contar lo que hablan las cotorras).

Lo que dejo dicho entre paréntesis al final del párrafo anterior, no es faltarle al respeto al filólogo alemán,

pues él mismo declara que habiéndole oído cierta palabra desconocida á un loro, consultó á los indígenas y le dijeron que aquella pertenecía á una lengua perdida ú olvidada de una raza extinguida.

Bien es verdad y (siga la digresión) que el sabio Humboldt dijo cosas peregrinas. Debía de ser un hombre sumamente impresionable. En Tenerife, en Cuba, en Méjico, en Guatemala, en Colombia y en el Ecuador se muestra el sitio en que el ilustre viajero pronunció sus célebres palabras: "Esto es lo más hermoso del mundo,,". ¡Pero quién sabe! Como yo no entiendo el alemán, temo que todo sea viles calumnias de los traductores.

Porque, lo repito, el traductor es una calamidad y toda traducción es una plaga cuando no es un crimen. El gran Buffón que tuvo tantos elogios para el burro, no dijo nada, que yo sepa, del traductor; pienso que no lo conocía. Y si lo conocía, no quiso cla-

sificarlo creyéndolo acaso de un orden inferior. Hizo bien, pues el traductor, como animal, figura en los últimos peldaños de la escala zoológica. Yo estuve hace poco tiempo en el Jardín zoológico de Aclimatación, y no ví ningún ejemplar rejas adentro. Hay allí muestras de animales terrestres, fluviales y marítimos, pero aquel conjunto es la *high life* de la zoología; la plebe no entra allí.

RECUERDOS DE LA VIDA MILITAR

.
Se llamaba Juan Azúa ¡me parece que lo estoy mirando! Recio de cuerpo, alto de estatura, con un bigote negro de puntas largas, naturalmente caídas. Podría tener entonces de 32 á 35 años y era el mejor soldado de la compañía de granaderos. Procedía de la clase de voluntarios y era natural de la provincia de Guipúzcoa.

Al decir que era el mejor soldado de aquella valerosa compañía no ofendió á sus camaradas; todos eran tan bravos como él, aunque ninguno tan

bien plantado ni tan marcial ni tan listo.

Pero nadie es perfecto en este mundo, aun siendo granadero, y Juan Azúa tenía un defecto grave que le ocasionó incalculables perjuicios: no le gustaba la sidra de Guipúzcoa y mucho menos el agua, á la cual circunstancia debía el ejército, según él decía, la fortuna de contarle en el número de sus granaderos. Se había enganchado voluntariamente y cada vez que cumplía se reenganchaba, por tener ocasión de beber vino.

Sabido es que á la tropa no se le da vino más que en tiempo de guerra; y por eso los soldados en víspera de batalla ó de revolución suelen cantar una diana que empieza así:

“Cuando al soldado
le dan de beber....”

Pero Juan Azúa cuando quería una cosa no necesitaba precisamente que se la pusieran en la mano; bastábale conocer la existencia de la cosa y fá-

cilmente se le asimilaba. Por eso no le gustaba la vida de su tierra donde el vino apenas se conoce; prefería la vida de guarnición y tenía un verdadero delirio por la de campaña.

No debe, pues, extrañarse que el bravo Juan Azúa, cuando contaba ya de 12 á 13 años de servicio, se embriagara con una frecuencia desconsoladora.

El capitán D. Juan T. Lucas, que era el hombre más fino y cursi del ejército, y los oficiales y sargentos de la compañía, pusimos todos especial empeño en corregir á Azúa. Era triste cosa que se emborrachara un granadero, que se deshonrara la mejor compañía del batallón, que llegara á noticia del coronel y de la plaza la debilidad de aquel valiente.

Pero no había medio; el sargento primero Enrique Cido, que tenía particular empeño en evitarle disgustos al capitán de cuyas complacencias abusaba, solía arrestar á Azúa privándole

del paseo; otras veces le permitía salir quitándole el dinero para que no se embriagara. El sargento segundo Blas Quintales, que era buen soldado pero mal sargento, que había aprendido el ejercicio á palos como declaraba él mismo, que era en una palabra un mastodonte (ya debe ser general), le daba cada paliza que lo volvía loco. El cabo de su escuadra Aquiles Serpentón, que había estudiado para cura, que la echaba de moralista y que entendía de todo (como que había estado en Ceuta), le daba buenos consejos y fuertes pescozones. El alférez también se había propuesto corregir al incorregible granadero, y después de hacerle tragar agua caliente, y aceite de almendras, y otras cosas que no son para dichas, todo en balde, recurrió á la ciencia que no fué más feliz: las recetas del facultativo no dieron resultado.

Por mi parte yo, que era teniente de la compañía, encerré en el calabozo más de una vez al héroe de esta

historia; pero al fin se le ponía en libertad y se daba de nuevo á la bebida.

El capitán se indignaba con Azúa reprendiéndole con toda la urbanidad y comedimiento en sus palabras que la misma Ordenanza recomienda.

—Ven acá—le decía,—¿te has propuesto manchar el uniforme?

—No señor, mi capitán, no desperdicio una gota.

—Pero incauto ¿no ves que lo que te digo es una figura de retórica?

—Perdone usted, mi capitán; yo pensé que me hablaba usted del vino.

—Pues sí, del vino te hablo. ¿Hasta cuándo abusarás de mi paciencia? ¿Por qué estás siempre beodo? ¿No te dá vergüenza de que te puedan llamar ebrio consuetudinario?

Las catilinarias del capitán T. Luces resultaban tan ineficaces como los descuentos del sargento primero Enrique Cido, las palizas del sargento segundo, las recetas del alférez y todo lo demás.

El capitán, que no dormía pensando en el mal ejemplo que daba Juan Azúa, le sacó una tarde del cuartel, se lo llevó á su casa y á puerta cerrada le dijo lo siguiente:

—Eres un ingrato, un mal español, un pícaro. Si yo diera parte al coronel de tus intemperancias, irías al Fijo de Ceuta. Pero voy á hacerte una proposición: si tú me das palabra como granadero, como guipuzcoano y como católico, de no emborracharte ni en el cuartel ni en público, yo te la doy á mi vez de poner mi casa á tu disposición dos días cada semana; los días de la semana que tú mismo escojas te presentas aquí, te emborrachas á tu gusto y yo pago todo el vino, todo el aguardiente y todo lo que seas capaz de consumir.

Conmovido Azúa más que por la proposición por el tono evangélico del capitán, prorrumpió en sincero llanto, y después de enjugarse las mejillas con una punta del poncho, dijo:

—Mi capitán, usted es muy bueno; yo no quiero *acetar esa preposición*; pero le doy á usted mis tres palabras de que no bebo más; y ahora es cuando va usted á saber quién es el soldado Juan Azúa

En efecto, Azúa no bebió más; pero empezó á enflaquecer, á ponerse triste, á padecer del estómago. El capitán que lo observaba con paternal interés, le repitió la proposición y quiso obligarle á que bebiera; todo fué inútil. Azúa se negó obstinadamente, aun á la vista de tentadoras botellas tapadas y lacradas que el capitán ponía delante de sus ojos.

Al cabo de un mes estaba Azúa tan malo que pasó al hospital; tres días después falleció.

.....
Dos años hacía que había muerto Azúa en el hospital militar de Zaragoza, cuando una tarde, paseando por las cercanías de Jaca con el capitán Don Juan T. Lucas, le pregunté si

se acordaba de aquel desdichado granadero.

—Me acuerdo tanto—me dijo,—que su memoria pesa sobre mí como un remordimiento. Se me figura que yo maté á aquel hombre. Si él hubiera aceptado mi proposición yo hubiera “metamorfoseado su sindéresis,” (textual); pero sin duda estaba escrito en el libro del destino que yo matara á un hombre en plena paz, no habiendo matado á nadie en cinco guerras, y la fatalidad puso en mi camino á aquel desventurado. ¡Séale la tierra ligera!

—Amén—dije yo.

Diez años después de la escena que acabo de referir desembarcaba yo en el muelle de Vigo procedente de la Habana. Apenas había pisado tierra cuando me sentí estrechamente abrazado por un carabinero que me daba fuertes apretones. ¡Mi tiniente!, decía ¡mi tiniente! ¡mi tiniente!

En cuanto pude desasirme de los robustos brazos del carabinero, me quedé asombrado. Era Juan Azúa.

.
Deseando satisfacer mi justa curiosidad, pregunté al difunto cuándo y cómo había resucitado. Su explicación fué rápida y sencilla. El muerto en el hospital fué el soldado que ocupaba la cama inmediata á la de Azúa; pero éste que vió expirar á su vecino en las altas horas de la noche, cuando los enfermeros dormitaban trasladó el cadáver á su cama, ocupó la del muerto y á los pocos días recibió juntamente el alta y pasaporte. El muerto era un soldado cumplido y Azúa tomó en su nombre el canuto y las de Villadiego, sin pedir siquiera sus alcances, que no le vendrían mal al sargento primero Enrique Cido.

UN VIAJE REDONDO

(1879)

Un antiguo compañero, que es el más andaz proyectista de ambos mundos aunque jamás ha realizado ninguno de sus proyectos, me escribió desde Lima dándome una cita en Nueva-York para el primero de Marzo.

Eran las doce de la noche del 13 de Febrero cuando dejé mi casa del Barrio Latino para dirigirme á pie á la estación de San Lázaro.

A tal hora en Madrid se encuentran las calles y los cafés inundados de per-

sonas que, como no trabajan, pasan el día durmiendo; pero en este París tan calumniado, en esta ciudad tan laboriosa, en esta capital de los grandes vicios y las heroicas virtudes, sólo transitan por las calles después de media noche los agentes de seguridad, los jóvenes distinguidos que en lujosa carretela se dirigen á los círculos de moda (casinos donde se juega fuerte), ó algún artista, algún profesor de lenguas ó de música, algún sabio que recatadamente se encamina á cualquiera de los asilos en que se albergan de noche los pobres de solemnidad.

A la una tomé posesión de un ángulo en el primer vagón del tren que iba á partir. A las siete llegué al Havre. Pocas horas después dí con mi cuerpo en un reducido camarote del vapor *América*; dejé allí mi equipaje, que no pesaba seis libras, y comencé sobre la cubierta del vapor los paseos gimnásticos que casi no cesaron hasta fin de mes.

En las horas que preceden á la salida de estos grandes paquetes trasatlánticos, todo es abordo ruido y confusión; por lo que yo he adquirido la costumbre de aplazar mis estudios y mis observaciones hasta que el cañonazo de salida da la señal del mareo.

No bien salvando la barra entramos en plena mar, disminuyó considerablemente el número de personas que embarazaban las cámaras y la cubierta. Sólo entonces me dediqué á averiguar el sitio en que se encuentran las achas de abordaje, única garantía que deja á los viajeros la codicia de los armadores. En el vapor *América* íbamos 600 pasajeros, y sólo existían á bordo nueve lanchas. En caso de siniestro, nos hubiéramos salvado á lo sumo 135.

Estos grandes buques y sus inteligentes oficiales cuentan con grandes recursos y es muy difícil un naufragio; pero, indudablemente, en los ocurridos alguna que otra vez, han debido suceder horrores: han sido, sin duda, más

los muertos á tiros, á hachazos, á puñetazos, que los devorados por las olas ó por el incendio. En todos los grandes buques en que he navegado sobran pasajeros ó faltaban botes. Asimismo, en las leyes que protegen á los armadores, ó falta humanidad ó sobra ley.

Hicimos sin novedad la primera singladura. Veinticuatro horas después de haber perdido de vista el faro francés del Havre, avistábamos el de las islas Sorlingas, última tierra occidental de Europa.

Durante el primer día observé, como siempre, las diferencias de raza, los distintos caracteres de mis compañeros de navegación. Los ingleses iban apuntando al márgen de sus libros las extravagancias que se les ocurrían para hacerlas al desembarcar. Un americano hacía sus cuentas en el puño de la camisa. Los suizos é italianos discutían las cualidades de sus respectivos quesos. Los alemanes bebían cer-

veza, fumaban enormes pipas y callaban, mientras los franceses hablaban de sus victorias y de su fortuna, siendo las palabras que citaban más frecuentemente, "francos, dinero, negocio." Los españoles estábamos en la más absoluta minoría: íbamos dos. Si hubiéramos sido cuatro, no habría quedado intacta ninguna reputación en ambos continentes.

Entre los pasajeros iban 400 emigrantes, alsacianos en su mayoría. No conozco la Alsacia más que por las novelas interesantes y patrióticas de Erkemann-Chatrián; pero si hubiera de juzgar á aquel país por la muestra que conducía el vapor, diría sin vacilar que es la región más bárbara del mundo. Ninguno hablaba francés, habiendo sido franceses hasta hace pocos años; no sabían alemán, siendo alemanes oficialmente y casi todos de origen; eran, en fin, tan desdichados, tan miserables, tan estúpidos, que de seguro los que vuelvan volverán enormemente ricos.

A las cuarenta y ocho ó cincuenta horas de viaje se empezó á sentir el temporal que se había anunciado por telégrafo, desde Nueva-York, antes de nuestra salida. No he de perder el tiempo en la descripción de una tempestad vulgar que duró más de tres días, durante los cuales no acudí á la mesa más que un pasajero: el que esto escribe. Sólo yo subí sobre cubierta y no pude permanecer ni un cuarto de hora: tan intenso era el frío, tan violentas las sacudidas del barco, tan imponentes las olas, que medían la altura de ocho metros. Verdaderamente parecían montañas, como se dice de ellas en casos parecidos.

Calmó el temporal después de setenta horas de lucha; pero cayó una nevada tan copiosa, arreció de tal manera el frío, que era imposible permanecer un breve rato sobre cubierta. Si yo subí alguna vez, permaneciendo cinco ó seis minutos, fué por contemplar el espectáculo, que no había pre-

senciado nunca, de una embarcación nevada en medio del Océano. La jarcia y la arboladura parecían de plata. Sobre aquel gigante, que en aquella forma hubiera parecido, visto de lejos, un verdadero fantasma, no conservaban su negrura más que los tubos de la chimenea. Era un espectáculo digno de ser descrito por Edgardo Poe.

Algunas veces, durante mis subidas, trabé conversación con aquellos bravos marineros. En ninguna parte como en los barcos y en las minas se ve palpablemente la injusticia de la sociedad. Aquellos hombres que pasan su vida luchando con los elementos, no reciben más que una paga mezquina, insuficiente á sus necesidades. Si tienen familia, vive abandonada. Cuando arrecia el huracán y el buque amenaza sumergirse, á una voz del capitán ó del piloto trepan animosos por la torcida jarcia y ejecutan en el silencio, en la sombra, sin recompensa alguna, maravillas gimnásticas superiores á las que

el público aplaude en un Blondín. Y yo he visto, durante el viaje mismo de que estoy hablando, recompensar la bravura de algunos marineros, cual si fueran imberbes colegiales, con un puñado de almendras, que ellos guardaban para sus pobres hijos: único regalo tal vez que podrían llevarles después de un viaje redondo lleno de trabajos y peligros. Ni un vaso de vino, ni una moneda de plata: el vino está prohibido á bordo; el dinero.... el dinero es para el que lo gana con su trabajo y lo conserva con su economía.

El viaje, que debió ser de once días, duró más de catorce. El 28 de Febrero, ya anochecido, desembarqué en Nueva-York, llegando por consiguiente con oportunidad á la cita enunciada.

Sin ninguna sorpresa por mi parte ví que el amigo que me aguardaba para comunicarme sus proyectos había perdido el juicio. Solicitaba mi concurso, creyendo de paso hacerme gran favor, para construir una torre de 200

metros á la cual se subiera por ascensores mecánicos, mediante una módica retribución. El coste de la obra, de madera y hierro, era relativamente corto, y, según 'mi amigo, ni un solo yankee hubiera dejado de subir.

Desechado este pensamiento, me propuso otros varios, entre ellos el de construir la misma torre, flotante, para recorrer los grandes ríos de América en busca de hermosas perspectivas. Por último, como quien reserva la sorpresa final para hacer mayor efecto, me dijo que él tampoco había pensado seriamente en las cosas que me llevaba dichas; pero que iba, conmigo ó sin mí, á hacer inútil la costosa apertura del canal de Panamá, estableciendo globos semi-cautivos que por medio de un aparato bastante complicado de nudos corredizos y poleas, trasportaran viajeros y mercancías de un lado al otro del istmo, del Pacífico al Atlántico y vicè-versa.

No di por perdido el viaje, porque

yo los hago con frecuencia y en todos aprendo algo. Sin la cita que en el rigor del invierno me sacó de casa, tal vez no lo hubiera hecho por entonces; pero de todos modos lo hubiera emprendido más tarde ó más temprano. Es muy probable que me muera sin visitar los polos y sin subir á las crestas del Himalaya; pero no será por falta de deseos sino de recursos. Si no puedo ir al polo, iré á Noruega; si no subo al Himalaya treparé al Mont-Blanc, como los hombres políticos que aspiran á grandes y trascendentalísimas reformas, se contentan en el poder, sin inconsecuencia de su parte, con hacer lo que pueden. La inconsecuencia consiste en declarar imposible ó pernicioso lo que se ha predicado como bueno, lo que sólo es difícil, lo que quizá no es más que peligroso. Y es evidente que sin dificultades y peligros no hay mérito en la victoria.

¿Qué diré que todo el mundo no sepa de la bulliciosa y efectiva capital de la

República norte-americana? Todo es allí admirable, todo es grande, todo maravilla en aquella metrópoli, donde las costumbres, las instituciones y la prosperidad debieran enseñar á esta rutinaria Europa lo que no quiere aprender. Y no se crea por esto que en los Estados Unidos no haya defectos, errores y desventuras. De la sociedad como yo la entiendo no existe ejemplar alguno sobre este mísero planeta; pero, á semejanza de los políticos anteriormente citados, ya que no tengamos lo mejor, ¿por qué no habíamos de imitar lo bueno?

La República americana gasta en instrucción pública más que todas las naciones europeas. Sólo así se comprende que los inmigrantes más estúpidos aprendan á escribir aunque hayan llegado al nuevo mundo en edad no apropiada para aprender, y en un grado de ignorancia verdaderamente lastimoso. En cuanto á los hijos del país es casi imposible encontrar uno que no

sepa leer, y sus mujeres son más instruidas que los hombres, pudiendo asegurarse que aquel pueblo ha llegado al más alto nivel intelectual posible.

Entre las cosas que sorprenden al viajero recién llegado de Europa, citaremos la indiscreción de los periódicos y de sus noticieros. No bien apareció mi nombre en la lista de pasajeros que habían desembarcado, me visitaron ocho ó nueve tipos, representantes, según ellos, de otras tantas publicaciones periódicas, para preguntarme, como la cosa más natural del mundo, el objeto de mi viaje, el tiempo que permanecería, y otras muchas cosas que revelaban la curiosidad más inaudita. Después supe que estos supuestos *reporters* de la prensa no eran en realidad más que desgraciados *busca-vidas* que andan á caza de noticias para venderlas inmediatamente á los periódicos. Alguno se vengó de mi reserva. No me valió decir á todos lo mismo, pues cada cual inventó la his-

toria que creyó más pintoresca para sacar partido, y así cada periódico dijo de mí lo que le pareció más conveniente. En todas partes producen grandes perjuicios las exigencias del estómago.

Los guardias de orden público estacionados en las esquinas y aceras de las calles, parecen por sus uniformes, por su respetabilidad y por su aspecto, archiduques de Austria ó mariscales de Francia sin condecoraciones. Su sueldo es algo mayor que el de los coroneles de todos los ejércitos de Europa, exceptuando á Inglaterra. Sus servicios son, por consiguiente, muy superiores á los de las policías de aquende el mar.

A los ocho días de permanencia en Nueva York tomé pasaje en el vapor *Saratoga* que salía para la Habana. Una vez en América, ¿cómo volver á Europa sin hacer una visita á la capital de Cuba?

Durante el viaje, que fué de los más

felices, tuve ocasión de admirar una vez más el mérito de los marinos norte americanos. Si el *Saratoga* era un buen barco por sus condiciones marineras, los oficiales y la tripulación hacían su servicio irreprochablemente. Parecióme, sin embargo, que no se cuidaban mucho de los nervios que debían suponer en las señoras, pues al segundo día sonó un grito de alarma, abandonaron todos sus faenas y corrieron á las bombas ó á sus puestos respectivos, produciendo un indescripible espanto en el pasaje, sobre todo en las señoras, pues á nadie advirtieron que se trataba de un simulacro de incendio para ejercicio de la tripulación.

El día 10 llegamos frente á la Habana, donde perdimos tres horas esperando al práctico, que al fin no llegó, entrando el *Saratoga* sin él por la boca del Morro.

Pasamos bajo los cañones de la Cabaña, que se levantaba á nuestra iz-

quierda, y contemplando á la derecha la cárcel y el presidio, primeros monumentos que presenta al navegante la ex-opulenta capital de Cuba. Poco después dábamos fondo en la espaciosa bahía y pude por fin desembarcar.

Para describir mi breve estancia en la Habana, necesitaría más páginas que días estuve en ella. A los cuatro de haber desembarcado, volvía á salir en otro vapor americano con rumbo á Veracruz, después de abrazar abordo á las muchas personas que me acompañaron, unas en demostración de simpatía, otras por deberes de amistad, muchas en son de protesta contra la medida incalificable del capitán general, que me obligaba á abandonar la isla sin dar siquiera razón ni pretexto de su arbitrariedad.

Después de hacer escala en Progreso y Campeche, llegamos á Veracruz el día 20 de Marzo. Hacía un calor senegaliano cuando puse el pié en el muelle, y me hice conducir al hotel

más próximo de la ciudad; pero mi mala suerte me hizo reparar un gran letrero á la puerta de la casa, que me obligó á prolongar mi paseo por plazas y por calles. El letrero decía en letras gigantescas: *Precios MODERADOS*. ¿Cómo era posible que yo entrara en semejante fonda? Se me figuró que iba á encontrarme en ella con D. Ramón Narvaez, D. Cándido Nocedal, D. Luis González Brabo y todo el moderantismo.

El ferrocarril de Veracruz á Méjico es una obra admirable. No vacilo en afirmar que sólo por recorrerlo haría de nuevo un viaje al mundo de Colón. ¡Qué pendientes tan rápidas, que curvas tan atrevidas, que panoramas tan encantadores! No se ha perdido aún la vegetación tropical, exhuberante, del litoral mejicano, y ya se ven las nieves del pico de Orizaba, que por su elevación y su estructura me recordaba al Teide. La cuesta de Maltrata, las cumbres de Acultzingo, los llanos

de Otumba, todo entretiene el ánimo con la hermosura de los amenos paisajes y con la grandeza de los recuerdos que inspira. Los hechos de la conquista, que por lo grandes parecen fabulosos; los de la independencia al comenzar el siglo; los de la lucha titánica de la joven república contra el poder de Europa en los tiempos de Maximiliano, hacen que á cada momento sueñe la imaginación que ve levantarse sobre aquellas cumbres las figuras de Hernán Cortés, el cura Hidalgo, el inmortal Benito Juárez, y el valeroso Prim, que nunca demostró como en su campaña política de Méjico sus dotes de previsión y patriotismo.

La capital de Méjico es una de las ciudades más hermosas de América y del mundo. Si es cierto que materialmente ha progresado poco desde la dominación de los vireyes, preciso es convenir en que los conquistadores supieron trazar una ciudad modelo. La anchura de sus calles, la elegancia de

sus edificios, la amenidad de su anchuroso valle cruzado de canales y lagunas, rodeado de nevados montes y pintorescos volcanes y coronado todo por un cielo sin rival, hacen del valle y la ciudad de Méjico un verdadero paraíso.

Hay quien dice que ni siquiera falta la serpiente. La serpiente en el paraíso mejicano es la discordia.

Pero en honor de la verdad debo decir que durante mi residencia en la capital de la República no apareció la discordia ni nada que haga desmerecer á Méjico respecto á las capitales de Europa. La cultura de sus habitantes, el número y la índole de sus espectáculos y el orden más absoluto no interrumpido un momento, me hicieron pensar más de una vez que Méjico ha debido ser calumniado por sus enemigos.

Si algo ví que me pareciera repugnante fué la desnudez y miseria de los indios, raza decadente, por cuya reha-

bilitación moral y material no me parece que se afanen mucho los políticos de Méjico.

Aquella raza presenta todos los rasgos de la decrepitud. Quizá por eso consideren los mejicanos perfectamente inútil toda tentativa de mejoramiento. Caduca debe de ser una raza que ha perdido hasta el recuerdo de sus tradiciones, como el hombre cuando llega á la decrepitud olvida la historia de su propia vida.

Sin embargo, de indios se nutren los batallones y escuadrones mejicanos, que se baten admirablemente. Basta verlos en épocas normales, para apreciar al sólo aspecto de aquellos soldados mal vestidos, de aquellas tropas descalzas, de aquella policía tan incompleta, que hay mucho de marcial, mucho de sólido en las condiciones íntimas de aquellos elementos militares.

Las músicas militares que tocan en los paseos públicos casi constantemen-

te, lo mismo de noche que de día, no son tan buenas como las austriacas é italianas; pero están á la altura de las de los regimientos españoles, siendo, por consiguiente, superiores á las del ejército francés, que también tocan mucho, pero mal.

En Méjico tuve el gusto de encontrar á mi excelente amigo, antiguo compañero en el ejército y en el periodismo, Adolfo Llanos. Dirigía *La Colonia Española*, periódico fundado por él mismo algunos años antes, en el que sostenía contra casi toda la prensa mejicana una difícil campaña conservadora y patriótica. Tal vez demasiado conservadora, y no digo también que demasiado patriótica, porque en el patriotismo no hay exceso.

Adolfo Llanos me obligó á aceptar una hospitalidad que le agradezco de veras. El y su amable familia me acompañaron á los teatros, á los museos, á todo cuanto encierra la hermosa capital digno de ser visitado, y á los pue-

blos vecinos, donde palpitan los recuerdos históricos antiguos y modernos. Nos sentamos á la sombra del célebre árbol de *la noche triste* y en el palacio de Chapultepec, residencia de Maximiliano. Me acompañó también á Veracruz, donde pasamos juntos seis ó siete días, donde estuvimos á pique de naufragar juntos volviendo del castillo de San Juan de Ulúa en un bote conducido por un mulato, un catalán y un griego, y donde nos separamos para regresar, él á Méjico y yo á París.

Mi viaje de regreso fué más fecundo en emociones, aunque siguiendo en sentido inverso el mismo itinerario. No lo describiré, porque esta reseña se va haciendo insoportable.

De vuelta en los Estados Unidos visité por primera vez el maravilloso Niágara, cuya grandeza no se concibe sin haberlo contemplado.

A fin de Mayo desembarqué en el Havre de Gracia, tomé el tren de Pa-

rís y llegué á mi casa del Barrio Latino, experimentando las mismas emociones del que regresa á la patria después de una larga ausencia. Y era que, además de volver al seno de mi familia, veía otra vez el cielo de esta Francia regenerada y regeneradora, segunda patria de todos los hombres libres.

UNA CARTA DE ULTRATUMBA

Me paseaba sólo por las calles de árboles del Père Lachaise, cuando los sepultureros cavaban una fosa. Iban á enterrar el cuerpo de un suicida.

A los siniestros golpes de la lúgubre azada volví los ojos al sitio llamado comunmente *el hoyo grande*. Allí yacen revueltos y confundidos sin distinción de sexos ni de edades los difuntos pobres. Los ricos poseen alojamiento propio, suntuoso muchas veces, con epitafio generalmente estúpido.

En el campo común donde trabaja-

ban los enterradores, ví un ataúd de pino, desnudo de todo adorno: era el del suicida. No le acompañaba más que una vieja.

Me acerqué al grupo cuando ya la excavación medía medio metro de profundidad. Se disponían á dar sepultura al muerto, cuando repentinamente cayó un aguacero tropical. Huyeron los enterradores y la vieja á guarecerse bajo los árboles próximos, y yo me quedé junto al cadáver.

Fijando entonces mi vista en la abierta sepultura, ví con sorpresa que al abrirla para enterrar á un muerto desenterraban otro. En el fondo de la sepultura quedaban al descubierto los rígidos dedos de un difunto, que al moverse agitados por la lluvia torrencial mostraban un manuscrito.

Ver el papel, lanzarme al hoyo y cojerlo, fué obra de un instante. Lo doblé con cuidado, me lo guardé en un bolsillo y, después de presenciar el sepelio me retiré á mi casa.

Llegué de noche, y encendí una luz ansioso de leer el contenido de la misteriosa carta de ultratumba.

El papel estaba tan roto por sus orillas, tan gastado y tan borroso, que era casi ilegible. Hé aquí sin embargo una parte de su contenido:

"... A eso de la una redobló el ardor de mi cabeza y empecé á agonizar.

"Sólo me acuerdo de una manera confusa de las horas que siguieron. Ví como en sueños no pocas figuras que al parecer bailaban junto á mi lecho de muerte, y aún se agitan como impalpables sombras en las penumbras de la memoria mía.

"Parecióme oír estridentes carcajadas, tristes sollozos, interjecciones brutales ó incomprensibles. El médico, el mismo que me asistía desde el principio de la enfermedad, pero mucho más alto y con la barba roja, me pulsaba, me sobaba, me miraba con una extraña risa que al dibujarse en su boca me pareció la risa del conejo,

Un hombre gordo, cejijunto, vestido de blanco y negro y agitando una que me pareció incendiaria tea, se acercó á mi cama, produciendo en mi espíritu el más intenso pavor. Creí que iba á encendiar mis colgaduras, que yo moriría envuelto en las llamas y no podría realizar mi proyectado viaje de circumnavegación.

“Por fortuna el hombre de la bata se retiró sin quemar las cortinas de la cama y sin hacer daño alguno, contentándose con untarme en las sienes una cosa tibia; ¡como si me hubiera untado un ajo!

“Cuando desapareció la siniestra antorcha del hombre de la bata, me asaltó una extraña pesadilla. Soñé, sin estar dormido, que me había quedado ciego. Busqué con la vista las juntas de las puertas, deseando ver alguna luz; pero ni la claridad más tenue llegaba hasta mis ojos. Grité, grité con furor, sin que al parecer oyeran mis tremendos gritos los imbé-

ciles que me rodeaban. Todos aquellos bultos eran sordos.

“Las más confusas ideas en bárbaro remolino trastornaban mi imaginación; pero una entre todas dominaba; que el hombre blanco y negro, el hombre de la bata, me había sacado los ojos.

“Quise entonces levantar las manos para tocar al menos las órbitas vacías; pero mis brazos permanecieron inmóviles: ¡me habían atado!

“La desesperación, una real y positiva desesperación que los vivientes no han conocido jamás se apoderó de mí. Sentí los esfuerzos del espíritu por romper los lazos que lo unían al cuerpo; el cuerpo y el espíritu luchaban con vigor en mi ser, en el espacio y en el infinito, digno teatro de aquella lucha á muerte. Al fin disminuyó la furia del combate, se fueron alejando los rumores, uno de los combatientes cedía la victoria á su adversario... Los cañones tronaban en señal de júbilo,

of distintamente la diana del vencedor, dieron las doce y espiré.

“

“Desde entonces vivo la vida inmaterial de la materia. ¡Frase incomprendible para los que no han llegado al mundo de los muertos! El espíritu desapareció, un espíritu que me atormentaba, y que al huir de mi dejándome para siempre en paz, me ha abierto horizontes nuevos en las actividades del reposo.

“En mi aparente soledad, sólo aparente, pues vivo entre las palpitaciones de los átomos de la materia pura, entre los torbellinos de mil generaciones, entre los rozamientos de seres que habitaron en diferentes mundos y cuyas partículas han llegado al nuestro en los rayos y en los meteoros, me anima un ideal. Un ideal que, si se realiza, me hará creer en mi existencia pasada como he llegado á creer en la de un espíritu que negué en el mundo,

“Este ideal... no alcanzarían á comprenderlo aquéllos que aún se mueven en las contiendas de la humana vida, sujetos ó los caprichos de leyes arbitrarias y cegados por las ambiciones... de su espíritu.

“Pero he de decirlo, para que vean los míseros habitantes del más mísero de los planetas, sin exceptuar al hombre de la bata, cual es en la tumba el ideal de un muerto.

“Mi cuerpo se ha convertido en polvo, pero polvo que vive, invisibles átomos que sienten. Los vientos lo arrebatan, lo esparcen por la Tierra, lo elevan á las nubes. Algunos átomos de mi olvidado cuerpo han llegado á la luna y otros se han mezclado con los aereolitos. He empezado, pues, á funcionar en la refundición del Universo. Los mundos que aparecen, los que cada día descubre el débil telescopio de la ciencia, son renovaciones de los que, según la humana limitada ciencia, han desaparecido del espacio.

“Pues bien; esta fecunda metempsícosis, esta incesante, perenne transformación, esta vertiginosa vida de los viejos astros y los mundos nuevos, no es más que el albor de una existencia inmortal, cuando los globos que existen y los que estamos formando, se acerquen, se engranen, se asimilen, se confundan en un sólo planeta, en un planeta infinito, sin Oriente y sin Ocaso, sin Norte y sin Mediodía, sin fin ni limitación.

“Y yo que en la humana vida no alcancé la duración necesaria para ver realizados mis ideales mezquinos y mis ambiciones diminutas, veré en esta vida sin término de la tumba la solidaridad de las esferas y el triunfo de la Verdad. Entonces, cuando todos los astros visibles é invisibles, presentes y futuros formen un sólo cuerpo con todas las variedades armónicas de la unidad científica, existirá el más bello de los ideales, el ideal de Dios, un dios visible y palpable,

un dios eterno, un dios igual al infinito matemático multiplicado por el metafísico, un dios universal: EL UNIVERSO.”

LOS EX.

Hay personas que no se contentan con sus apellidos y tienen el mal gusto de añadirles un apéndice.

En muchas ocasiones, lo que agregan es una extravagancia.

Todos los días vemos tarjetas que no pueden ser más divertidas.

Esto se ve en todas partes, pero en Francia se llega hasta el abuso.

Pudiéramos decir, parodiando á Buffón: la tarjeta es el hombre.

Hay hombres lúgubres, por ejemplo, el que escribía en sus tarjetas:

FULANO DE TAL.

Propietario de nueve sepulturas.

También los hay mendicantes, al parecer, como uno que se pone:

MENGANO DE CUAL,

Lisiado.

Y no faltan vanidosos, como los que escriben:

ZUTANO,

Six fois décoré;

PERENGANO

Amigo del Cónsul del Perú.

Etc., etc., etc.

Está en su perfecto derecho un diputado, un coronel ó un sastre, si escribe en su tarjeta "diputado," "coronel ó "sastre." Pero no me explico ese afán que tienen tantas personas de pregonar lo que han sido. ¿Qué le importa á nadie lo que fué cada uno, cuando ha dejado de serlo?

Por eso me hace reir la tarjeta de un fotógrafo que añade á su apellido:

exalcalde, y la de un fondista que agrega: *exdirector de...* (aquí el nombre de un diario que ya no existe y del cual se publicaron tres números.)

Si dura este sistema, llegaremos á tener tarjetas que digan:

JUAN FERNÁNDEZ,

Exhombre bueno

JOSÉ GARCÍA,

Extercero en discordia;

PEDRO SANCHEZ,

Expárvulo.

Confieso no haber visto jamás en las tarjetas que nadie se titule "expropietario," ni "exbanquero," ni "expresbítero," aunque tales títulos pudieran muchos usarlos, ya que abundan los propietarios arruinados, los banqueros quebrados y los presbíteros que han colgado los manteos.

Pero sí he leído en la tarjeta de un solemne charlatán:

FULANITO,

*Ex Mayor General de los Ejércitos
coligados de las cinco Repúblicas
de Centro-América.*

Ni el personaje en cuestión ha sido general ni ha estado en América en los días de su vida.

Pero es indudable que conoce esta sociedad charlatanesca y vana, y ha querido competir con el portugués del cuento:

MIGUEL ANTONIO SILVA FERREIRA
COUTO CARDOSO DE ANDRADE,

*expasajero de 1.^a clase en la fragata
"Venus."*

Estos visibles señores que tanto abusan del *ex* y que llenan sus tarjetas de títulos ciertos ó soñados, me recuerdan, no sé por qué, los títulos dobles que tanto se usaron en un tiempo, sobre todo para los melodramas:

*A la luz de la luna
ó la venganza de un toro;
Calandracas*

*Las campanas estridentes
ó las ninfas de Benicarló.*

O como decía Larra, de inolvidable memoria:

*El peñon de Gibraltar
ó el buey suelto bien se lame.*

Quizá algunos señores tengan empeño en agregarse títulos, para que sus apellidos no llamen la atención. Porque hay apellidos verdaderamente desdichados. Y no tanto los que son absurdos, malsonantes, chocarreros, como los que prometen demasiado.

Por mucho que se distinga en la ciencia un ser llamado Profundo, siempre ha de parecer muy poco lo que haga. Imagínese el papel que hará si en lugar de profundo resulta superficial y con buena voz de tiple.

Hemos conocido á un sacerdote que se apellidaba Clarinete; á un señor Verdugo que era una malva; á un tal Santo que era un pillo; á un lobo que era un cordero, á un Cordero maris-

cal de campo; á un Grande muy pequeño; á un tal Rana que llegó á sargento de caballería.

Tampoco estarán contentos los que se apelliden Mulo, Tembleque, Sardina, Pez ó Morral.

¿Y qué piensa el lector de los apellidos vascongados?

Ahí va uno para muestra:

Inurrigarrobecuaturziaburnacia:

Hemos hablado de los apellidos; pero los nombres de pila, que dicen los cristianos, también reclaman unas cuantas líneas.

En efecto, hay quien se llama Vitruvio. Hay quien se llama Quirico.

Existen, aunque no abundan, los que se llaman Habido, Optimo, Isquirión, Censurio, Exuperancio, Bárbaro, etc.

La combinación de nombres y apellidos resulta á veces por extremo desgraciada. Figúrese el lector á un *Bár-*

*baro Tierno, á un Demófilo Tirano,
á un Juan Lanas, á una Tecla Rota.*

Con tales nombres, se comprende que los interesados procuren hacerlos desaparecer ahogándolos entre títulos, condecoraciones y muchos *ex*, aunque sean imaginarios.

LOS CAMELLOS

Todo el mundo conoce estos notables cuadrúpedos, tan útil al hombre en los arenales del Desierto. Su fuerza es prodigiosa; imponente su figura; en sus movimientos se revela esa majestad que ha distinguido siempre á las razas superiores.

Más no se crea que todos los camellos son iguales; ¡ah, eso no! Entre los paquidermos aun hay clases. Un camello vulgar, de esos que ahora devastan el Sudán y Egipto con la complicidad de los ingleses, no debe con-

fundirse con los que tienen historia. Ha habido camellos célebres, que acompañaron á la humanidad en guerras clásicas y se inmortalizaron en las márgenes del Nilo. Y hay camellos advenedizos, plebeyos, que no deben *hombrearse* con los eminentes y aristócratas.

Nadie ignora que el ejército de Aníbal pudo pasar el Ródano gracias á sus camellos africanos; pero pocos saben distinguir qué camellos descenden en línea recta y legítima de los que acompañaron al héroe cartaginés. Esta ignorancia es muy sensible, como lo sería el que no distinguiéramos entre los hombres á los descendientes de ilustres conquistadores y cruzados, exponiéndonos á confundirlos con los que no tienen árbol genealógico.

Afortunadamente, en la familia humana todo error es imposible; no es fácil confundir á los nietos de herejes chamuscados por la Inquisición con los herederos de aquellos varones inclitos

que los chamuscaron; no se puede equivocar al que lleva en sus venas sangre de los héroes de Flandes y Sicilia, con el descendiente del que se quedó en su casa por no servir al rey. Al descendiente de santos, de héroes y de sabios todo el mundo puede conocerlo en su propia santidad, en su heroísmo ó en su sabiduría.

Más infelices los camellos, viven expuestos á lamentables equivocaciones. Tal vez los que figuran en París en el Jardín zoológico de aclimatación, ó en la casa de fieras de Madrid, ó en el Parque Central de Nueva York, constituyendo la *high life*, la aristocracia de la zoología, desciendan de camellos desconocidos que nunca figuraron en la historia. En cambio, allá en el Desierto, en las ardientes arenas del Sahara, en los valles reconocidos por el gran Livingston, quizá vivan en la oscuridad y en la indigencia los vástagos ilustres aquellos otros camellos que tomaron parte en la guerra de

Yugurta, ó que, más nobles aún, por ser de más vetusta prosapia, sirvieron á Alejandro, acompañaron á Jerjes ó fueron coetáneos de los mismos dioses del viejo paganismo.

Pero no se consuela el que no quiere. Los más ilustres camellos, aunque padezcan con la ingratitud de las olvidadizas generaciones modernas que para nada tienen en cuenta las glorias de su linaje, se pueden consolar considerando que así se libran de que les salga al paso un *Tisón* de los camellos, dispuesto á manchar los cuarteles de su escudo con notas de bastardía y otras todavía más negras.

Y también les servirá de consuelo otra consideración: la de que los mismos dioses de las mitologías mediterráneas han desaparecido, dejando amarga memoria, eso sí, pero no descendencia. Los camellos de la antigüedad, más felices que los dioses, desempeñaron en el mundo un papel real y positivo, son citados por los historia-

dores y perpetuaron su especie. Habrá camellos para muchos días.

En nuestra incapacidad no siempre los distinguimos; pero el mundo está lleno de camellos y dromedarios nobles, esto es, ennoblecidos por el concurso que prestaron á Mehemet Alf y á Napoleón I, al gran Ciro y á los innumerables Faraones.

¡Y quién sabe! Tal vez esta ignorancia sea providencial, pues han sido tantos los camellos ilustrados y ennoblecidos por sus hechos *personales*, que la nobleza recae sobre la especie toda, no sobre familias determinadas y de misterioso ó problemático origen, las cuales repito vivirían expuestas á que surgiera un *Tisón* para mengua de la especie y afrenta de la clase.

Por otra parte, si nos fuera posible conocer la historia de todos y cada uno de los camellos que á cada paso encontramos en los arenales de la vida, forzosamente desdeñaríamos á la mayor parte; nuestra ignorancia tiene

la ventaja de que nos permite saludar con respeto y hasta con veneración á todos los camellos que solemos encontrar, pues nadie nos impide suponerlos de la misma casta del camello que contribuyó á ganar la batalla de Casovia en las sangrientas riberas del Danubio.

También podemos creerlos de otra famosa estirpe: de la del camello que condujo á Ciro en sus campañas.

Es lícita la duda; y en todo caso, cuando el camello que honramos con nuestra distinción no sea de raza de héroes, puede ser de buena casta, de casa distinguida, ó de familia decente, los cuales títulos son muy respetables.

Entre los hombres de quien ignoramos la genealogía, que son pocos, los habrá descendientes de Leonidas ó de Nuño Rasura, como también de Bellido y Dolfos, del obispo D. Opas y de otros cien obispos; en la duda nos abstentemos de tributar honores sin saber á quién. Pero en los camellos es dis-

tinto el caso, pues todos han cumplido con su deber en el largo trascurso de los siglos y todos son por lo mismo unas personas decentes.

Propongo, pues, que se eleve una estatua colectiva á los camellos históricos, ya que tantas se erigen á míseros humanos de poco más ó menos, hasta el punto de prodigarse las estatuas como si se tratara de la cruz de Cristo, de la de Carlos III, ó del Toisón de Oro (que ya no lo admiten ni en el Monte de Piedad).

NOTAS DE VIAJE

(1892)

Salí de París con lluvia; con lluvia atravesé toda Francia; al llegar á San Sebastián llovía; llovió durante mi paso por Castilla la más Vieja, y recibí en Madrid más de cuatro chaparrones. De Madrid á Cádiz no faltaron aguaceros, y atravesé las sesenta millas que dista Cádiz de Tánger, con chubascos y turbiones dignos de otras latitudes. En Tánger se habían encarecido los paraguas y seguía lloviendo, lo mismo que en Gibraltar, en Algeciras y en Málaga. La navegación de

Málaga á Alicante la hice bajo un diluvio; en Alicante, donde dicen que no llueve, me mojé hasta las entrañas; en Villena y en toda la provincia sólo encontré barros y lodos; en Albacete lloviznas y navajas. Los lagos de la Mancha han convertido á cada pueblo en un Chicago sin Exposición; me río yo del lago de Michigán. Bien pudiera resumir mi viaje diciendo como el obispo del cuento: "¡Mucha agua! ¡mucha agua!"

Para apreciar la magnitud de mi triste desencanto, debe tenerse en cuenta que me escapé de París huyendo de la humedad.

Los viajes, por otra parte, son con frecuencia origen de desilusiones. Yo no sé lo que buscan los curiosos yendo á Lóndres y á París, á Constantinopla y á Venecia, á Berlín ó á Nueva York, teniendo lo mejor mucho más cerca, pues como dice el cantar:

El que haya visto Valencia
y los arcos de Teruel

y la mina de Daroca,
ya no tiene más que ver.

Describiendo un viaje por China y el Japón, se puede hablar de las pagodas chinescas ó de otras chinerías ó japonerías. Contando una excursión por ambas Californias ó por el Canadá, se puede tratar de linchamientos, de costumbres raras y de monedas de oro. ¿Cómo hacer eso á propósito de una correría por España y la costa de Marruecos?

No he de hacer la descripción de cosas tan conocidas como las catedrales españolas y las mezquitas árabes y las sinagogas de los israelitas; no he de contar lo que sabe todo el mundo, como la velocidad de un tren-carreta, el polvo de la Mancha (que por ahora ha desaparecido,) las fondas de los caminos de hierro, en las que se afeita al público sin jabón del Congo. No tengo más recurso que presentar varios tipos, ya que he tenido la suerte (negra) de encontrar algunos.

En las fondas de las estaciones sólo se hablaba de cambios, de economías y de la crisis política, agrícola é industrial.

En Menjíbar escuché una discusión muy luminosa; teniendo España tan grandes hacendistas, no comprendo como no salimos de la presente apurada situación.

—Las economías— exclamaba un economista de Paterna—es imposible hacerlas en España, donde estamos gobernados por poetas, oradores y generales de caballería. Si gobernara yo, llegaríamos á la nivelación de presupuestos. Yo establecería, en vez de tres loterías mensuales, una diaria, y más gorda que la de Navidad; eso reforzaría bastante los ingresos.

—Pues yo—decía con aire marcial y suficiente un oficial de reemplazo—reduciría en mas de 30 millones el presupuesto de Guerra, empezaría por aumentar dos regimientos de ingenieros y diez de infantería; después

dejaría en cuadro los segundos batallones, y por último licenciaría las palomas mensajeras.

—Y yo—decía un tercer personaje, al parecer dentista,—haría una estudiantina mónstruo; saliendo todos los españoles á correr la tuna vestidos de estudiantes salmantinos, y pidiendo para los pobres y para el gobierno, sin duda recogeríamos algo.

También se hablaba de los anarquistas en las mesas de las estaciones; pero observé que al hablar de estos señores se ponían las caras algo serias; todo lo contrario que cuando se hablaba del gobierno y de las instituciones.

Pasé el mar. En Africa me invitaron á una cacería, no precisamente de leones, pero al cabo cacería. Yo maté una gaviota y me rompí un zapato.

En Algeciras encontré muy pocas novedades: es la Algeciras de siempre,

Con muchos carabineros,
bastantes contrabandistas,

una polla en cada reja
y un teniente en cada esquina.

En Gibraltar ¡oh desdicha! tuve ocasión de ver á respetuosa distancia monedas de cinco duros en el escape de un cambista, y muchos cañones para defenderlas. Ví también algunos batallones, que ya los quisiera Prusia para los días de fiesta. Por último, pude admirar una limpieza que no ha conocido nunca la corte de las Españas.

Admirables obras las de aquella plaza: calcúlese lo que habrán hecho los ingenieros ingleses trabajando á conciencia muy cerca de dos siglos. Y siguen trabajando. Pero no se crea por eso que es una plaza inexpugnable; pudiera tomarse en ocho días si tuviéramos barcos y un poquito de vergüenza. ¡Ah! si tuviéramos vergüenza, tendríamos barcos y todo.

En Málaga la bella, patria de las batatas y de los boquerones, pasé las amarguras del que se pasea triste y

solitario por el teatro de sus viejas glorias. Nadie me reconocía, allí donde pasé las horas tal vez más gratas de la malograda juventud.

¡Pero cómo extrañarlo, si yo no pude reconocer tampoco, entre sus arrugas venerables y sus canas augustas, á las que fueron un tiempo ilusión dorada y peregrina de todo el ejército de Africa!

Recuerdo á cierta María, cuyos rizos del año 59, ménos auténticos sin duda que sus arrugas de ogaño, hicieron delirar hasta la prosopopeya á un alférez de mi batallón. Todas la noches aparecía en la acera de enfrente el jóven oficial para cantarle coplas á María, empezando por aquello de

*Yo tengo noche y día
los ojos puestos en tu balcón.*

Pero al balcón no se asomaba ella, sino el alojado, que era un teniente bigotudo y medio loco.

• Y entonces el alférez cantaba entre suspiros:

No me des más penas
morenita mía:
como sigas haciendo esas cosas
me quitas la vida.

Y replicaba una voz:

No me des jaqueca,
pobre alferecía;
como sigas haciendo esas cosas
me muero de risa.

—

Me ha impresionado la transformación del seco Guadalmedina. En 1859 maniobraban los batallones en su duro y polvoriento cauce, como sobre el Neva helado maniobran en invierno los batallones rusos; pero hoy el Guadalmedina está convertido en un rival del Volga. El Perchel corre peligro de verse pronto anegado por falta de obras que lo protejan contra inundaciones posibles. Falta inconcebible, habiendo á la sazón más de uno y más de dos gobernantes de sangre mala...
gueña...

—

En la estación de Alcázar tuve el gusto de almorzar con una señora muy garrida y excesivamente gárrula. Todo lo encontraba triste, disparatado, feo; las comidas se le indigestaban, las gentes la aburrían. No cesaba de repetir aquello de *qué país, qué paisaje y qué paisanaje*. Aseguraba que en España no se puede vivir, que somos poca cosa y que ella está por las grandes potencias.

CUENTO MARÍTIMO

El viejo marino habló de esta manera:

—¡Es claro! de todas las desgracias de este mundo tienen la culpa las mujeres. Bien se lo dije yo al pobre de Juan Oliva; pero nada, metido con ella hasta los trancañiles, ¿qué había de suceder?

Todavía me acuerdo de lo que le dije la víspera de zarpar:

—Sigue mi ejemplo, ¡mala ballena te trague! El marino debe de ser inconstante como la mar y el viento. No hay que fiarse de mujeres, que su fi-

delidad no pasa de tres lunas. Sela-mente eu la antigüedad dicen que hubo una hilandera, una tal *Pene López* que esperó muchos años á un tal Ulli- ses; yo no lo creo.

Pero los enamorados no escuchan buenos consejos ni hacen caso de na- die. Se imaginan que su novia es la excepción de la regla. Es cosa de re- ventar de risa.

Pues salimos de Málaga con un ber- gantín viejo que no podía ya con las costillas. Al ver su mala estampa, se podía apostar que no aguantaría una mala racha veranera; más yo que lo conocía estaba más confiado que en el mejor navío de tres puentes. Era tan feo que ni la mar lo quería; por eso no se lo había tragado en tantos tempo- rales como había corrido. Y luego el capitán se llamaba de una manera im- propia de un marino: se llamaba Tru- cha.... ¡No reirse! Tan cierto es que se llamaba Trucha como yo me llamo Diego. Y además era terrestre, de

Jaén. No sé como pudo aprender á ne-
vegar.... Sería por su nombre de *peje*.

Pues aquel viaje íbamos á Berbería.... llegamos á un puerto, más allá de Túnez, que no me acuerdo ya ni de su nombre; es un puertecillo de pesca donde no cabrían seis tiburones y donde no hay quien aguante cuando viene el sur. He estado allí tres veces, y dos hemos salido arrancando después de picar amarras y sin meter el cargamento abordo. Siempre hemos dejado allí las anclas, ó la falúa, ó el batallón; en fin, ¡la mar!

Pero en tierra hay unas mujeres como soles; todas son moras y judías, ¡pero vaya unas hembras!

Ibamos á cargar tapices y babuchas y esas cosas de Levante, que se vendían muy bien en Málaga, en Barcelona y en Marsella. (Lo cual que también he estado en Marsella, y en Alejandría, y en la Habana, y más allá del Polo).

Navegábamos con viento en popa,

cielo azul, mar bella.... diez nudos. Pero el pobre Oliva, más llorón que un sauce, no hacía más que mirar á barlovento.... á Málaga, ¡es claro!

Se pasaba las horas y los días con más angustias que un cautivo en Argel; á mí me daba lástima.

Porque yo lo quería; era un mocetón como un trinquete, y su padre me había salvado la vida una vez que encallamos cerca de Sierra Leona.... que por cierto me partí la cabeza en un peñasco, perdí el sentido, su padre me sacó á flote y estuve un mes carenándome en un hospital inglés.

Como os decía, yo le daba consejos; pero Juan Oliva no me hacía caso; era más estúpido que un libro y más tonto que un terrestre.

Al cuarto día rendimos nuestro viaje; pero no había llegado la caravana con el cargamento y teníamos que estar en puerto no sé cuantos días.

Tenía yo una *tonocencia* en aquel puerto fatal. Como es consiguiente le

hice una visita. Ella se alegró de verme, es claro. La encontré algo amarilla de tanto comer dátiles, pero siempre airosa navegando como un clíper. ¡Qué chica más hermosa! Cuando iba por la calle se apartaba la gente para dejarla pasar. ¡Y qué lista era! Hablaba español, italiano, inglés, francés y *moro*.

La segunda vez que fui á visitarla llevé á Juan Oliva para distraerlo.... ¡Nada! ... La miró con más indiferencia que al mascarón de proa. No pensaba más que en su malagueñita.

—Anda, mal grumete, le decía yo, lo mismo se acuerda ella de tí que de su bisabuelo.

Al escucharme se ponía más blanco que una vela; no hay chifladura como esa del amor.

Entre tanto se iba guardando su dinero; no tomaba ni un vaso de limón; ni siquiera fumaba. Todo lo quería para obsequiar á su novia.

El único gasto que hizo fué en un

pañuelo muy grande con unos garabatos muy bonitos para regalárselo á su malagueña.... Las novias cuestan muy caras; yo tuve una en Huelva que me costó más de dos pesos en menos de tres años.

Pues como iba diciendo, Oliva se gastó en el pañuelo un dineral; porque él era así: todo para ella y nada para él.

Por fin llegó el cargamento, metimos la carga abordo.... y á la vela.

Ya estaba Oliva contento; corría de banda á banda dando barquinazos de babor á estribor, mirado á los penoles y sin ver á nadie; á mí me dió un topetazo que casi me pasa por ojo.

Llegamos sin novedad á puerto; pero la junta de sanidad, mal rayo la parta, nos impuso diez días de cuarentena por *mor* de la peste levantina, aunque no hay tal peste.

Juan Oliva se desesperaba.... Ya se vé, él había pensado saltar en tierra aquel día y tenía que aguantarse abor-

do diez días más. Tan seguro estaba de desembarcar el mismo día, que antes de llegar la sanidad ya se había calzado los pantalones nuevos. El muy presumido tenía dos pares de pantalones.... ¡cómo si tuviera cuatro patas!

Y yo le decía:

—¡Grandísimo animal! ¿qué son diez días comparados con la vida eterna? Figúrate que nos cogió una calma chicha y que llegamos á puerto diez días más tarde.

La noche vino; pero una noche oscura como hay pocas en Málaga. Yo entré de cuarto á las doce, y poco después ví una sombra que se escurría por la banda de estribor.... llega á proa y ¡paf!.... Sonó como si alguno se hubiera tirado al agua.... Miré, y ví un hombre nadando: era Juan Oliva.

Yo me callé; pero eso de quebrantar la cuarentena es mala cosa.

A las tres, cuando todavía estaba yo de cuarto, oí nadar, me asomé por la borda, le largué un cabo y subió.

El chico estaba contento, porque había cenado con la perra de su novia; pero las mujeres son la perdición del mundo, ¡pobre Juan! y su novia le contó á una amiga suya lo que había pasado. La amiga contó, porque las mujeres son más parlanchinas que los diputados y no saben callar ni lo suyo ni lo ajeno.

Llegó la cosa á oídos del capitán de puerto y se formó sumaria. Cuando vino la junta de sanidad á levantar la cuarentena, le tomaron declaración al pobrecillo Juan. Lo enredaron con preguntas capciosas y contó de plano el infeliz.

Aquello lo perdió. El mismo día se reunió el consejo, y vino abordo el capellán con un cabo y cuatro números de infantería de marina.

El capitán Trucha nos mandó formar, y como sabía tanto, nos espetó un discurso.

Me acuerdo palabra por palabra de todo lo que nos dijo, como si el caso hubiera sido ayer:

“Muchachos, dijo, yo os quiero á todos, pero ha sido violada la cuarentena. Lo siento mucho, pero el deber.... es el deber; y las ordenanzas de marina.... son las ordenanzas de marina.”

—¡Qué elocuencia de hombre! exclamó el narrador interrumpiéndose.

El capellán le dijo unas cuantas cosas en latín al pobrecillo Juan y le echó la bendición.

Oliva se arrodilló.

El cabo mandó hacer fuego, y el pobre Oliva cayó con la cabeza hecha una plasta.

FIN

ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
Calandracas.	7
Un viaje á Tenerife.	10
El bloqueo del mundo.	23
En el Cantábrico.	36
Artículo fúnebre.. . . .	45
Cartago.	51
Varios tipos.	57
Más tipos.	70
Un cuento que no es cuento.	82
El orador.	94
El traductor.	108
Recuerdos de la vida militar.	118
Un viaje redondo.	127
Una carta de ultratumba.	149
Los ex.	158
Los camellos.	165
Notas de viaje.	172
Cuento marítimo.	181



COLECCION DIAMANTE



TOMOS PUBLICADOS

1. R. de Campoamor: Doloras, 1.^a serie.
2. Doloras, 2.^a serie.
3. Humoradas y cantares.
4. Pequeños poemas, 1.^a serie.
5. Pequeños poemas, 2.^a serie.
6. Pequeños poemas, 3.^a serie.
7. Colón, poema.
8. Drama Universal, poema, primer tomo.
9. Drama Universal, poema, segundo tomo.
10. El Licenciado Torralba.
11. Poesías y Fábulas, 1.^a serie.
12. Poesías y Fábulas, 2.^a serie.
13. E. Pérez Escrich: Fortuna.
14. A. Lasso de la Vega: Rayos de luz.
15. Federico Urrecha: Siguiendo al muerto.
16. A. Pérez Nieva: Los humildes.
17. Salvador Rueda: El gusano de luz.
18. Sinesio Delgado: Lluvia menuda.
19. Carlos Frontaura: Gente de Madrid.
20. Miguel Melgoss: Un viaje á los infiernos.
21. A. Sánchez Pérez: Botones de muestra.
22. J. M. Matheu: ¡Rataplán!
23. Teodoro Guerrero: Gritos del alma.
24. Tomás Lucife: Romances y otros excesos.
25. L. Ruiz Contreras: Palabras y plumas.
26. Ricardo Sepúlveda: Sol y sombra.
27. J. López Silva: Migajas.
28. F. Pi y Margall: Trabajos cortos.
29. E. Pardo Bazán: Arco iris, cuentos.
30. E. Rodríguez Selis: La mujer, el hombre y el amor
31. M. Matosés (Corzuelo): ¡Aleluyas finas!
32. E. Pardo Bazán: Por la España pintoresca (viajes)
58. } A. Flores: Doce españoles de brocha gorda.
84. }
35. José Estremera: Fábulas.
36. E. Pardo Bazán: Novelas cortas,

37. E. Fernández Vaamonde: Cuentos amorosos.
38. E. Pardo Bazán: Hombres y mujeres de antaño.
39. J. de Burgos: Cuentos, cantares y chascarrillos
40. E. Pardo Bazán: Vida contemporánea.
41. } Jacinto Labaila: Novelas íntimas.
42. }
43. Fr.ª Sarasate de Mena: Cuentos vascongados.
44. F. Pi y Margall: Diálogos y Artículos.
45. Charles de Bernard: La caza de los amantes.
46. Eugenio Sué: La Condesa de Lagarde.
47. Rafael Altamira: Novelitas y cuentos.
48. J. López Valdemor: La niña Araceli.
49. Rodrigo Soriano: Por esos mundos...
50. Luis Taboada: Perfiles cómicos.
51. B. Pérez Galdós: La casa de Shakespeare.
52. J. Ortega Munilla: Fifiña.
53. F. Salazar: Algo de todo.
54. Mariano de Cavia: Cuentos en guerrilla.
55. Felipe Pérez y González: Peccata minuta.
56. Francisco Alcántara: Córdoba.
57. Joaquín Dicenta: Cosas mías.
58. J. López Silva: De rompe y rasga.
59. Antonio Zozaya: Instantáneas.
60. José Zahonero: Cuentecillos al aire.
61. Luis Taboada: Colección de tipos.
62. Beaumarchais: El Barbero de Sevilla.
63. Angel R. Chaves: Cuentos de varias épocas.
64. Alfonso Karr: Buscar tres plés al gato.
65. Francisco Pi y Arsuaga: El Cid Campeador.
66. Vital Aza: Pamplinas.
67. Antonio Peña y Goñi: Río revuelto.
68. Enrique Gómez Carrillo: Tristes idilios.
69. Nicolás Estévez: Calandracas.

8 reales tomo

176
ms

